

PRESENTACIÓN

Cada vez resulta más evidente que el futuro de la cultura de los próximos siglos se fragua básicamente en la educación. Más concretamente, el futuro de la Iglesia depende prioritariamente de la forma como ésta trasmite y eduque la fe de sus miembros. Esta afirmación expresa una firme convicción del fundador de Schoenstatt, el p. José Kentenich. Él sintió que Dios le había dado en este sentido una misión especial, a la cual se entregó con todas sus fuerzas.

El sistema pedagógico que elaboró no surgió de una construcción ideológica; partió de la vida, de su experiencia personal y de su praxis como educador. Desde 1912, año en que recibió el encargo de educar a los alumnos del colegio de los padres palotinos, hasta 1968, año en que el Señor lo vino a buscar, toda su actividad se centró en educar a innumerables personas de nuestro tiempo, de una época de cambio histórico extraordinario, a fin de estas alcanzaran la plena libertad de los hijos de Dios.

A medida de las posibilidades y de puertas que le abría la divina Providencia, fue elaborando y a la vez sistematizando un sistema nuevo de educación y de trasmisión de la fe. Un tiempo nuevo exigía una nueva modalidad, ponía nuevas exigencias al educador y requería formar un hombre nuevo en una nueva comunidad, que vencieran la masificación y descristianización reinante. Más aún, que educara personas capaces de generar cultura, encarnando la armonía de lo humano y lo divino, uniendo el más acá con el más allá; personas verdaderamente libres y solidarias, apasionadas por Dios y por el hombre.

El intento del presente libro es entregar una visión global del sistema pedagógico kentenijiano, que ciertamente no se limita a la Obra de Schoenstatt sino que quiere ser compartido con todos los miembros de la Iglesia y todos aquellos que luchan por un mundo nuevo y la dignidad de la persona humana.

El fundador de Schoenstatt fue sistematizando su concepción pedagógica a lo largo de los años, siempre dirigiéndose a personas concretas y auscultando los desafíos de la época. En la última etapa de su vida dictó cursos donde de algún modo resume su pedagogía, sin embargo, no alcanzó a finalizar, como él lo deseaba, una exposición completa del mismo.

La tarea quedó para sus seguidores. El presente texto representa un intento en esta dirección, que sin duda siempre podrá ser perfeccionado. Nuestra preocupación ha sido recoger y entregar la misma palabra del P. Kentenich, a través de extensas citas de sus escritos. Nos hemos limitado expresamente a ordenar sus enseñanzas y experiencia, sin cotejarla mayormente con las tendencias pedagógicas de la actualidad. Esta importante tarea queda abierta para ser abordada en el futuro.

P. Rafael Fernández de A.

I. INTRODUCCIÓN

1. Una nueva pedagogía para una nueva época de la historia

El P. Kentenich estuvo siempre atento a lo que le señalaba el Dios de la vida. Su consigna era: “Con el oído en el corazón de Dios y la mano en el pulso del tiempo”. Su mirada se dirigía a la nueva cultura emergente, o como solía decir, hacia los “novísimos tiempos”.

Siendo esa su perspectiva no es extraño que pronto haya detectado que la gran batalla de los tiempos se estaba dando y se iba a dar cada vez más en el campo de la educación. Más que la economía, más que los sistemas políticos, los avances de la técnica o lo que pudiesen dictar nuevas leyes, lo decisivo para el futuro de la humanidad y de la Iglesia sería la educación. Cuando se está decidiendo el destino del mundo por siglos, este tema debía pasar a primer plano.

Hoy es palpable la crisis mundial en cuanto a la educación; lo cual adquiere en la Iglesia una relevancia especial, por el desvalimiento que esta muestra en relación a la educación de la fe y carencia de métodos eficaces capaces de captar al hombre actual para un encuentro con el Dios vivo. En una carta al P. Menningen, estrecho colaborador suyo, explica el P. Kentenich:

Nietzsche escribió en 1875: “Alguna vez no habrá idea alguna que no sea la de educación”. En esta frase se hace referencia a un tiempo en que la educación estará tan en primer plano que todos los demás asuntos e intereses ya no se manifestarán de forma especial. ¿No nos estaremos acercando más y más a ese tiempo? Hoy en día, el tiempo ya lleva en la frente la señal de aquello a lo que se refiere la frase. Por todas partes se escucha desde los tejados la idea del hombre nuevo en la comunidad nueva, aquí con un cuño cristiano, allá con un cuño no cristiano o anticristiano. **¿Qué puede resultar más obvio que, en la medida en que se esté captado por el ideal, se pondere en todas partes la educación como la gran panacea para configurar de nuevo el mundo?”** (*Carta al P. Menningen, 1954*).

El hecho de ser un Movimiento de educación y de educadores proviene en último término del carisma que el Dios vivo entregó al fundador de Schoenstatt. Su Obra es heredera de ese carisma, debe conservarlo en su originalidad propia y desarrollarlo en bien de la Iglesia. El fundador afirmaba que él, desde muy temprano, poseía una especie de “idea congénita”, a saber, la necesidad de formar un hombre nuevo en una nueva comunidad, que respondiese a los desafíos de la época. **Junto a esta idea, que albergaba en su interior, poco a poco despertó en él algo que llegó a ser como su “segunda naturaleza”, a saber, su vocación de educador.**

En su primer trabajo como sacerdote –como profesor de latín y alemán, en el seminario de los palotinos–, ya pone en práctica un nuevo sistema de enseñanza, más participativo y personalizado. Pero en definitiva, lo que despierta en él con fuerza su vocación pedagógica es su nombramiento como director espiritual de los seminaristas. Desde ese momento queda definida su vocación de educador como rasgo esencial de su misión personal. En la primera charla que da a los alumnos del seminario menor de los palotinos, conocida más tarde como Acta de Prefundación de Schoenstatt, manifiesta su estilo como educador, estilo que se irá concretando y profundizando a lo largo de toda su vida. Escribe al P. Menningen:

Para entender lo dicho, debes recordar que, como un auténtico hijo de la Providencia, en 1912 concebí el encargo educativo, que recibí a través del nombramiento de Director Espiritual, como una indicación del camino por parte de Dios para toda mi vida. Huellas de esa misma disposición hallarás con claridad en el Acta de Prefundación. Allí puede leerse:

“Y ahora, sin intervención alguna de mi parte, viene mi nombramiento como director espiritual. Así pues, ha de ser ciertamente la voluntad de Dios. Por eso, acojo tal voluntad firmemente decidido a cumplir de la manera más perfecta todos mis deberes para con todos y cada uno de vosotros. Con lo dicho me pongo a disposición con todo lo que soy y lo que tengo¹: mi saber y mi ignorancia, mi capacidad e incapacidad, pero, sobre todo, mi corazón”.

Con ello se había signado y determinado mi futuro camino de vida como educador. Todo, sin excepción, fue subordinado y sacrificado a esa llamada y vocación divina. El alma estaba tan fuertemente colmada por ella que mis vínculos interiores con el lugar de gracias, presumiblemente planeado por Dios, se establecieron de inmediato tan pronto como la idea del mismo entró en mi esfera consciente. Con qué intensidad me movía interiormente la vocación a la educación, podrás inferirlo a partir del hecho de que el programa establecido en el Acta de Prefundación se convirtió, sin más, en mi propio programa de vida y de educación. El mismo contiene en germen todo lo que después se ha hecho realidad en la historia de Schoenstatt.

(Carta al P. Menningen 1954)

2. Un claro carisma pedagógico

Schoenstatt es un Movimiento de Iglesia de carácter múltiple, formado por diversas comunidades, organizado en forma federativa; es un Movimiento mariano, extendido hoy a lo largo de los cinco continentes, comprometido en gran cantidad de tareas apostólicas. De allí la necesidad de visualizar en esta diversidad, su carisma específico, es decir, lo que Dios quiso regalarle como misión en el seno de la Iglesia y a su servicio. La controversia que se generó a

¹ El P. Kentenich omite aquí algunas palabras que aparecen en el texto original del Acta de Prefundación. Dice él mismo (se subrayan las palabras omitidas): Con lo dicho me pongo enteramente a vuestra disposición con todo lo que soy y lo que tengo” (N. del t.).

raíz de la Visitación Apostólica que llevó a cabo en 1949 el obispo de Tréveris, ofreció al fundador la oportunidad de puntualizar que Schoenstatt siempre fue concebido por él como un Movimiento “**de educación y de educadores**”.

Por eso, cuando responde a las observaciones que hizo el Visitador, manifiesta su complacencia de que por fin se considere a Schoenstatt desde la óptica que corresponde. Sus palabras son claras y convincentes. Las cito al inicio de este texto porque están en la base de todo lo que expondremos más adelante. Dice así:

El *Informe* menciona que el “**problema de Schoenstatt**” puede ser contemplado desde *cuatro puntos de vista: dogmático, jurídico, organizativo-pastoral y pedagógico*.

Se declara como inobjetable la *enseñanza dogmática* y el sentido eclesial que se fundamenta en ella: su *ideario teológico* es, en cuanto a su contenido, ortodoxo y eclesial.

Se toca fugazmente el aspecto *jurídico* en las conclusiones y medidas a tomar, que proponen una pronta redacción de las constituciones definitivas. Ya que esta tarea le compete directamente a la Santa Sede en virtud del *Pro Decretum Laudis*, no es necesario entrar aquí en esa materia (al menos no en detalle).

La *inserción organizativa en la pastoral ordinaria* es cosa del episcopado. El *Informe* pone de relieve que la cohesión del Movimiento de Schoenstatt dificulta dicha inserción pastoral. Tal dificultad podría allanarse fácilmente si se distingue con mayor exactitud entre Institutos, por un lado, y Federación y Liga, por otro. Los Institutos quedan al margen de la cuestión porque ya han encontrado su lugar en la estructura eclesiástica –como las Hermanas de María– o bien porque están en trámite de lograrlo –como los demás Institutos–. En cuanto sean reconocidos como *institutum saeculare*, queda resuelta también para ellos la cuestión de su inserción.

De este modo, sólo resta la Federación y la Liga. Ahora bien, ninguno de las dos revisten el carácter de Familia estricto, lo cual se percibe como dificultad. En el fondo, el temor manifestado no tiene razón de ser.

Por lo tanto, sólo queda el aspecto *pedagógico* como objeto de discusión. Más exactamente, se trata aquí de Schoenstatt como problema *pedagógico*. El *Informe* (del Visitador) afirma que “el problema de Schoenstatt no es en primer lugar de carácter dogmático doctrinario, sino más bien pedagógico práctico”.

De esta manera, nos movemos finalmente en el plano en el cual Schoenstatt, desde el principio, quiso ser valorado y juzgado. Tomamos la posición que constituye la única perspectiva desde la cual puede entenderse Schoenstatt. Contemplamos la dirección hacia la cual apunta su misión para la época. Estamos nombrando el campo en el cual Schoenstatt habrá de significar una bendición o una maldición para la Iglesia.

“Nunca quisimos ser un Movimiento dogmático, filosófico o psicológico, sino sólo oficial de enlace entre ciencia y vida. Nuestra ascética y nuestra pedagogía quieren ser dogmática, filosofía y psicología aplicadas” (Carta de Octubre de 1948).

Desde el principio nos hemos considerado sencillamente como un marcado Movimiento de educadores, de educación, de apostolado, y deseamos que la historia nos juzgue como tal y sólo en calidad de tal.

Luego de esclarecer cuál es el sentido y misión fundamental de Schoenstatt, el P. Kentenich destaca que su pedagogía y espiritualidad se concibieron y desarrollaron cara a los problemas de la época, como un tiempo de cambio histórico extraordinario. Continúa su exposición diciendo:

Al entendido en la materia no le resultará difícil ampliar el tema y contemplar a Schoenstatt como símbolo por excelencia del problema pedagógico de los *Institutos Seculares*². Para que dichos Institutos sean capaces de desarrollarse y ser fecundos necesitan una legislación y un sistema pedagógico propios. Y esto último tal vez más que lo primero. Nosotros creemos tener una misión en este sentido, por eso sometemos con gusto nuestro sistema al debate público.

Quien esté al tanto de la situación pedagógica del tiempo actual y conozca su relación con la catástrofe de Occidente; quien esté familiarizado con los intentos de rescatar a este último, ampliará espontáneamente el marco y podrá así contemplar a Schoenstatt como símbolo de la problemática pedagógica de todo Occidente. Esta crisis es la que le ha dado los más fuertes impulsos a Schoenstatt, la que inspiró sus objetivos y leyes fundamentales, sus medidas y trascendencia. Schoenstatt es un espejo de los interrogantes existenciales y vitales de Occidente, pero también un compendio de sus intentos de solución. El lugar donde se gestó y nació quiere y debe seguir siendo su lugar de trabajo, su taller.

Hace igualmente el P. Kentenich un alcance a la Acción Católica, en esa época especialmente presente en la Iglesia de Latino América, donde él se encontraba.

Más aún, quien haya tenido oportunidad de estudiar el estado actual de la Acción Católica en el extranjero; quien haya tomado contacto con hombres que estén en la dirigencia, sabrá que en todo el mundo la Acción Católica enfrenta el mismo problema: la cuestión de una educación acorde a la época. La solución que se dé a la misma, decidirá la subsistencia o muerte de la Acción Católica. En el extranjero los frentes se han endurecido en

² Los *Institutos Seculares* son un nuevo tipo de comunidad cuyos miembros viven en miedo del mundo. Su aprobación oficial por la Iglesia se había realizado en 1948 a través de la constitución apostólica “*Provida Mater Ecclesiae*”. Más allá de la necesaria base jurídica, el P. Kentenich insiste en la necesidad con que estas comunidades cuenten como una pedagogía y espiritualidad adecuada a su carácter propio.

muchos aspectos; han perdido el norte y ya no pueden avanzar más. Por eso en todas partes se escucha el clamor por un movimiento que sea un neto movimiento de educadores y de educación, tal como deseamos serlo nosotros. (...)

Nos atenemos, agrega el P. Kentenich, a la ley formulada por san Agustín: *“Dios creó el mundo sin nosotros, pero no quiere redimirlo sin nosotros”*. Vale decir que Dios exige nuestra participación lúcida y enérgica también en el reordenamiento del mundo de hoy. (*Epístola Perlona, 1949*)

3. Una tarea que exige aún un mayor compromiso

El P. Kentenich acostumbraba escribir un informe con sus reflexiones después de sus viajes. En 1948, luego de haber visitado Norteamérica, se refiere al carisma pedagógico de Schoenstatt. En este informe hace afirmaciones semejantes a lo que expuso al Visitador como respuesta a sus objeciones. Hace, además, un alcance especialmente importante para nosotros, ya que se refiere a que aún falta mucho para lograr los objetivos señalados y que para ello se requiere del compromiso de más educadores hechos y derechos.

Escribe:

Así pues, es tiempo de hacer crecer en nosotros, con más fuerza que hasta ahora, la consciencia de que somos una marcada comunidad de educadores y de educación, y de que, por eso, debemos también prestar un servicio especial a la Iglesia en ese ámbito.

Una mirada retrospectiva a la historia de nuestro desarrollo nos hace advertir que toda la Familia de Schoenstatt debe su existencia y florecimiento a un encargo educativo divino (a través de los superiores y de las circunstancias de los tiempos). Nos advierte asimismo que, tal como se ha expuesto más arriba, la Familia ha creado un sistema original de educación y de pastoral y se ha orientado invariablemente por él, y que el mérito principal que ha obtenido hasta ahora estriba realmente en este campo.

Desde luego, con esto no se pretende afirmar que ya hayamos alcanzado resultados definitivos. ¡Por el contrario! Creo poder demostrar que, en la mayoría de las cosas, nos hemos quedado a mitad de camino. Posiblemente, circunstancias desfavorables de los tiempos y la sobrecarga de trabajo hayan traído consigo que, si bien contamos con un sistema claro, tenemos demasiado pocos educadores de ambos sexos realmente talentosos, formados en la especialidad y comprobados en la práctica de modo que obtengan de nuevo para la Familia, en la opinión pública, la fama de ser un movimiento de educadores y de pastoral que cuenta con la gracia de Dios”. (*Informe de Norteamérica II, 1948*)

II. PROPUESTA DE SISTEMATIZACIÓN

1. Principales escritos pedagógicos del P. Kentenich

Habría que decir que todos los textos escritos y transcritos de sus retiros y alocuciones, poseen directa o indirectamente un carácter pedagógico. Él fue un educador de tomo y lomo, y eso se traslucía en todo su ser y en su actuar, en lo que decía y escribía.

Ya desde el inicio del Movimiento dicta cursos de carácter pedagógico a profesores y a sacerdotes. Así fueron surgiendo, por ejemplo, el curso sobre dirección espiritual (1924); sobre paternidad (1925); sobre psicología de la juventud (1926) pedagogía sexual (1928); sobre psicología de la juventud; sobre el problema sexual (1928). En 1931 dicta una jornada central sobre pedagogía, "Ethos e Ideal en la educación", publicada como "Pedagogía schoenstatiana para la Juventud". En 1933 realiza una gran jornada sobre pedagogía mariana, que repite en 1934. En 1933 lleva cabo una jornada sobre pastoral familiar: "Pedagogía matrimonial mariana". En 1938 dicta un curso para directores espirituales titulado "Principios generales para una pastoral moderna".

En los años 1950 y 1951 el P. Kentenich dicta dos jornadas pedagógicas de gran importancia. La de 1950 fue publicada con el título de "Pedagogía para Educadores católicos". La jornada pedagógica de 1951, bajo el siguiente título: "Que surja el Hombre Nuevo", donde aborda especialmente la pedagogía desde el punto de vista de la psicología. En 1960 escribe un ensayo titulado "Mi Filosofía de la Educación". Y en 1962, un importante texto sobre la educación del inconsciente (*Tiefenpsychologie*).

El P. Kentenich fue especificando cada vez con mayor amplitud su sistema pedagógico. Nunca escribió un "tratado" al respecto. Sus jornadas no eran clases sistemáticas de pedagogía, sino que respondían más bien a situaciones concretas, que le permitían explicar y aplicar su sistema de acuerdo a las necesidades de los oyentes y los desafíos propios del tiempo.

Sin embargo, él mismo vio la necesidad de elaborar un compendio de su sistema, tarea que abordó especialmente en las jornadas pedagógicas de 1950 y 1951.

En la jornada pedagógica de 1951 explica lo siguiente:

Luchamos por esbozar el *compendio* de una pedagogía netamente moderna para uso del educador católico.

Ustedes, que vienen a este lugar desde hace décadas, me responderán: ¿No hemos elaborado ya este compendio? Si echan una mirada retrospectiva verán que, a lo largo de cuarenta años (desde 1912 hasta 1950), hemos dado cuenta con gran esmero de nuestra misión pedagógica. Los schoenstatianos no somos un movimiento dogmático sino un movimiento de educación. Una y otra vez nos hemos comprendido como

“oficial de enlace” *entre ciencia y vida, teología y vida, psicología y vida...* Somos un marcado movimiento de educadores y de educación.

Por esa razón vemos a la Santísima Virgen, tal como ella reina aquí (en el santuario de Schoenstatt), de manera singularísima como la gran educadora de los pueblos. Y nos creemos llamados y enviados por ella, como sus instrumentos, a fin de cooperar en la realización de su tarea de educadores, sobre todo en este momento en que se trata del ocaso del pueblo alemán.

Por esa razón, a lo largo de los años, se han dictado, por una parte, numerosos cursos pastorales (en forma de ejercicios o de formación religiosa) y, por otra parte, múltiples cursos pedagógicos. Quien vea todo este conjunto deberá admitir que, *en lo esencial, el sistema está terminado*. Les recuerdo los cursos del año 1931 y de los años subsiguientes: “*Principios generales de una pedagogía católica*” y “*Principios particulares de una pedagogía católica*”.

Los *Principios generales* destacaron tres puntos de vista: “línea, táctica y consecuencia”.

La línea en el educador es *la paternidad sacerdotal y la maternidad sacerdotal*, y la línea en el educando es el ideal personal y el ideal de comunidad. (...)

Todo lo que en ese entonces dijimos sobre la gran realidad de la paternidad y maternidad sacerdotal, debería revivir en este momento. Son *aportaciones esenciales para un gran sistema completo de pedagogía moderna*.

El segundo punto de vista que hemos indicado, es la táctica. El pedagogo debe tener estrategia y táctica. En aquel tiempo (1931), tratamos extensamente acerca de los límites de la táctica: *el respeto y el amor*. Éstos revisten una importancia perenne. El respeto y el amor son el secreto del educador. Él debe situarse frente al educando con respeto y amor; entonces también despertará respeto y amor. La formación cultural puede adquirirse de una manera o de otra, pero la verdadera educación tiene que darse siempre en una atmósfera de respeto y de amor. ¿Y qué es más necesario hoy en día: la fuerza creadora del amor o la fuerza creadora del respeto? Es difícil decirlo. Son dos aspectos de un mismo proceso de vida. “El respeto es el eje del mundo”. Ayer expusimos extensamente esta idea cuando hablamos de la manía de criticar que tiene el joven actual. Quítenle a la humanidad el respeto, y todo se convertirá en un caos. Sólo el respeto y el amor proporcionan la atmósfera debida, tanto de un lado como del otro, es decir, tanto en el educador como en el educando.

Entre las leyes de la táctica está el *arte de abrir*. Para “abrir” el alma necesitamos el *arte de oír: el arte de escuchar y el arte de comprender a partir de lo que se escucha*. Éste es el arte del “conducir esclarecido”. Y

como tenemos una disposición tan fuerte para observar la ley *ordo essendi est ordo agendi*,³ nos orientamos también aquí muy fuertemente por el orden de ser del alma juvenil. Conductores esclarecidos y conducción esclarecida.

La conducción quiere “recibir luz” del *idealismo juvenil, del radicalismo juvenil y de la fidelidad de los jóvenes como seguidores*.

Aquí tenemos ante nosotros todo un mundo pedagógico. Así se elaboró la doctrina de los principios generales en 1931. Después siguieron otros cursos pedagógicos: el *curso de pedagogía sexual*, el *curso de pedagogía social*, el *curso pedagógico mariano* y el *curso de pedagogía matrimonial y familiar*. Como verán, una línea clara. *Desde el comienzo hemos permanecido fieles a nuestra misión como un marcado movimiento de educadores y de educación*. En este contexto, nos apartaríamos mucho del tema si quisiera referirme con más detalle a cada uno de estos cursos.

Y ahora unas palabras acerca del problema que actualmente confunde a los pueblos, también a nuestro pueblo alemán: el problema sexual. ¡Con cuánta claridad destacamos, en aquel entonces, que si la *pedagogía sexual* quiere acertar con los anhelos y los problemas actuales tiene que ser, pronunciadamente, una pedagogía de amor orientada según la ley *ordo essendi est ordo agendi*. (...) ⁴

Deberíamos desempolvar todas estas grandes verdades y realidades y preguntarnos: ¿las hemos trasladado a la vida práctica? ¿Cómo son las personas que han sido formadas según este “sistema”? **Hay que resumir y redondear todo lo realizado y, entonces, obtendremos aquello a lo que aspiramos: un compendio lo más consistente posible de una pedagogía netamente moderna para uso del educador católico.**

Con lo dicho, les he explicado brevemente la tesis. Ahora viene su incorporación en la situación pedagógica actual.

2. Necesidad de una elaboración ulterior

El P. Kentenich señala posteriormente la necesidad de incorporar con mayor claridad en su sistema lo que él desarrolló más ampliamente en relación a la educación del subconsciente. El P. King en *Textos Pedagógicos*, recoge importantes textos al respecto:

***¿Qué nos han traído los últimos años?*⁵ **Una complementación de toda nuestra pedagogía.** ¿Complementación en qué dirección? No nos hemos quedado a mitad de camino. ¿Qué complementación? Tenemos que**

3 El orden del ser determina el orden del actuar.

4 Sobre el tema sexualidad se tratará más extensamente en el EJE TEMÁTICO 7.

5 Los años de exilio en Milwaukee.

dejarnos llevar, poco a poco, hacia lo alto de la montaña, hasta la cumbre más alta.

No es mi deseo exponer ahora con más detalle las consecuencias de lo dicho. Baste con ver la dirección en la que hemos de movernos.

Complementación. Como ven, hay también una complementación en una dirección diferente, una complementación del esfuerzo ascético-pedagógico hacia abajo y hacia arriba.

Complementación hacia abajo, hasta la vida psíquica subconsciente. Complementación hacia arriba, adentrándonos en el seno de la Trinidad.

Excedería el presente marco si yo quisiera demostrar ahora en base a la historia, cómo la Familia, en sus miembros más nobles, ha sido formada en esa doble dirección. Serían, sin embargo, aspectos significativos. Tal vez sea posible exponerlos más adelante de forma más clara cuando hablemos específicamente del nuevo sentido que hay que asignar a nuestras experiencias. En efecto, son preguntas muy esenciales, hoy mucho más esenciales que ayer o anteayer.

¿Cómo logramos llenar nuestra vida psíquica subconsciente con Dios? Esto es simplemente así. En base a mi propia experiencia, suelo decir últimamente que, si lo veo de forma acertada, actualmente la mayoría de los sacerdotes –y lo digo ahora porque estoy dirigiéndome a sacerdotes, pero lo mismo vale también para los laicos– ha perdido casi por completo la capacidad de hacer ejercicios espirituales, a no ser que se considere como fruto de los ejercicios el llenar la cabeza de ideas religiosas.

Si lo religioso ha de penetrar de nuevo en el subconsciente, antes hay que soltar (o “aflojar”, desatar, “*lockern*” en alemán)⁶ toda una capa al interior de la persona. En una u otra ocasión, se me invitó también allá (en Milwaukee) a que diera ejercicios privados o para sacerdotes. De allí proviene en realidad esta observación: en lugar de ejercicios espirituales, di propiamente pre-ejercicios, es decir, intenté aflojar la vida psíquica subconsciente. “Él ordenó el amor”, dice el Cantar de los Cantares.⁷ ¿Qué

6 Nótese la reiterada utilización que el P. Kentenich hace en este texto de la palabra “destrabar” (*lockern*) Él experimentó en carne propia, durante su noviciado y su período de estudios, lo que significa padecer fijaciones obsesivas. Igualmente experimentó lo que significa que éstas se “suelten”. Muchas veces relató que a través de su vida había ayudado a muchas personas a aflojar obsesiones y procesos obsesivos. Esto también sucede a personas religiosas, quienes, dejando de lado otros aspectos, a menudo “viven” lo religioso de manera obsesiva, o se les transforma en causa de variadas obsesiones. Desde un punto de vista puramente psicológico –no así desde lo religioso-ético-ascético–, Dios no alcanza a entrar en el alma de estas personas. La correcta ascética para ellas consiste en soltarse, en no tenerse tan aferradas; en dejar de lado el esfuerzo obsesivo y la observación escrupulosa de sí mismas; en no tenerse tan en cuenta; en hacerse más “inescrupulosas” y “destrabarse”. (Nota P. King, en *Durchblick* Tomo V)

7 Ct 2,4. La expresión “ordenó [en mí] el amor” es una traducción tradicional del versículo 2, 4b y se la ha utilizado en la literatura espiritual. Las versiones modernas de la Biblia traducen “su

quiere decir esa expresión? Aflojar primeramente la vida instintiva, traerla a la consciencia.⁸ Si eso no se da, no podemos esperar en modo alguno que seamos capaces de hacer ejercicios espirituales (por lo menos, hoy en día; tiempo atrás puede haber sido posible, cuando había más médula sana en las personas). Más adelante tendré oportunidad de desarrollarles todo un sistema acerca de cómo puede hacerse algo semejante, de modo que la vida psíquica subconsciente llegue a ser libre y continúe siéndolo.

Esto no tiene nada que ver con el psicoanálisis. Por supuesto, existen aquí procesos de vida afines que hoy en día deben verse en general de manera nueva. Pero, como ya he dicho, por el momento lo dejo pendiente para un ulterior tratamiento.

Veamos ahora la complementación hacia arriba. Ustedes pueden observarlo, tal vez ya lo hayan hecho. Creo que ya lo he dicho durante estos días en otro contexto: el reproche de que somos extremadamente marianos es erróneo, ya por el solo hecho de que tenemos una actitud mucho más fuertemente patrocéntrica que mariana. O, a la inversa, porque somos marianos, y profundamente marianos, hemos llegado a adquirir, con el tiempo, una actitud cristo-mística y patrocéntrica del todo singular. (*Conferencias, III, 1966*)

3. Posible sistematización

En nuestra exposición, tomaremos como base la descripción del sistema que propone el mismo P. Kantenich en su jornada pedagógica de 1950. Allí habla de las “cinco estrellas” de su pedagogía. No menciona expresamente en esa ocasión la pedagogía de libertad, pero no cabe duda que esta es una dimensión de gran importancia en toda su pedagogía.

El núcleo del sistema lo ubica en la triada: pedagogía del ideal, pedagogía de vinculaciones y pedagogía de la alianza. Esta triada es lo que marca su estilo pedagógico. También se podría decir que su sistema está cimentado en dos grandes pilares: pedagogía del ideal y pedagogía de vinculaciones. Ahora bien, en la pedagogía de vinculaciones está comprendida la pedagogía de la alianza o de la vinculación mariana.

Las otras dimensiones del sistema las agrupamos como metodología, es decir, la forma concreta en que las pedagogías señaladas se llevan a la práctica.

enseña sobre mí es el amor”: el amado enarbola la enseña del amor sobre la vida de la amada. (N. del T.)

⁸ En el P. Kantenich, el “ordenar el amor” no asocia un introducir “orden” sino, justamente, un “destrabar la vida instintiva” para que, a partir de su realidad intrínseca, esa vida instintiva pueda, por así decirlo, incorporarse, estabilizarse en el amor. Y ello con anterioridad a que se la “ordene”, “domine” y “purifique” en demasía. De todos modos, la vida instintiva debe ser reconocida primeramente en su valor y mensaje propios antes de que, tratada como un problema, se la “eduque” o hasta se la oprima y reprima. (Nota P. King, en *Durchblick Tomo V*)

Teniendo en consideración todo lo dicho, haremos ahora el intento de presentar una visión general del sistema pedagógico del P. Kentenich. Lo iremos desarrollando en diversos volúmenes, a fin de ir profundizando cada una de las dimensiones que este abarca, considerando que en la práctica pedagógica concreta todo confluye en un solo proceso vital.

En un primer paso, que corresponde a este libro, nos referimos a los presupuestos básicos del sistema, al fin o meta del proceso pedagógico y a lo que entiende el P. Kentenich por educar. Luego nos detendremos ampliamente en el ethos del educador.

Posteriormente, en los volúmenes siguientes se irá analizando la triada, para posteriormente tratar la metodología.

Seguiremos, por lo tanto, el siguiente esquema:

1. Presupuesto básicos del sistema

- a) Una mentalidad orgánica-providencialista
- b) Los tres principios fundamentales del sistema

2. El fin o meta que persigue el proceso pedagógico

3. Qué se entiende por educar (definiciones)

4. El ethos del educador

5. Los dos pilares o ejes de la pedagogía kentenijiana:

- a) La pedagogía del ideal
- b) La pedagogía de vinculaciones (que incluye la pedagogía de la alianza)

6. La metodología:

- a) Pedagogía de movimiento
- b) Pedagogía de confianza
- c) Pedagogía de libertad.

III. PRESUPUESTOS DEL SISTEMA

1. Una mentalidad orgánica-providencialista

Si queremos entender a cabalidad el sistema pedagógico del P. Kentenich es preciso considerar, primero, que todo su pensamiento y su actuar está dominado por lo que él llama una mentalidad o modo de pensar orgánico.

El P. Kentenich posee una manera de pensar y de enfrentar la realidad que se contrapone a lo que él denomina una “mentalidad mecanicista”. Esta última es una manera de pensar y ver la realidad marcadamente analítica, que tiende a considerar separadas las partes del todo o que al ver el todo sin reparar en su interrelación. No es capaz de captar la totalidad o globalidad de la realidad y, especialmente los procesos de vida.

Es típico, en este sentido, por ejemplo, la dificultad de considerar la mutua relación e interdependencia de las polaridades que se dan entre naturaleza y gracia, Dios y mundo, actividad del hombre y acción de la gracia; o, por ejemplo, la polaridad y mutua relación entre el varón y la mujer, entre libertad y autoridad, entre comunidad e individuo, etc. Algo semejante se da al considerar las diversas esferas de ser del hombre: su vida espiritual, intelectual, volitiva, afectiva, sexual, instintiva y subconsciente, o la relación que existe entre las diversas esferas de su ser, que abarcan el reino material, animal, espiritual y sobrenatural.

El pensar mecanicista (hijo del idealismo racionalista), es un modo de pensar lejano a la vida, que imposibilita captar la realidad como un cosmos. Ve fragmentos, capta aspectos, pero no atina a ver su interrelación y mutua complementación.

El modo de pensar orgánico, en cambio, es capaz de captar la realidad en su globalidad y de ver la relación mutua e interdependencia de las partes del todo. Es, afirma el P. Kentenich, una mentalidad realista, cercana a la vida, que percibe el desarrollo y el proceso histórico: una mentalidad perspectiva, no puntual.

Este modo de pensar se refleja en todo el sistema pedagógico del P. Kentenich. Comprenderlo, por lo tanto, y, sobre todo, aplicarlo consecuentemente, exige esta mentalidad. La pregunta antropológica sobre qué es la persona humana en sí misma y en sus relaciones; sobre su proceso de desarrollo y los factores que inciden en ello, etc., todo ello requiere un modo de pensar orgánico.

Hablamos de un pensar orgánico “**providencialista**”. Agregamos este adjetivo porque resulta esencial en todo el proceso pedagógico que propone el P. Kentenich.

El providencialismo considera el hecho de que Dios está presente y actuante en todo el proceso de crecimiento de la persona. Considera al educador como un instrumento libre que coopera con él en el proceso de conducción del individuo y de la comunidad. Este providencialismo, lleva constantemente al P. Kentenich a cotejar en su búsqueda del querer de Dios el orden de ser objetivo, las voces del

tiempo y del alma, como realidades que informan y orientan todo el quehacer pedagógico.

Es así como el ideal objetivo del hombre y de la sociedad es visto desde la perspectiva y los desafíos del tiempo. Igual cosa sucede con el acompañamiento y servicio al desarrollo del hombre y de la comunidad: se trata de descubrir, tanto el educador como el educando, lo que el Dios vivo va señalando a través de las circunstancias y lo que el Espíritu Santo va suscitando en el corazón del individuo y de la comunidad. Su pedagogía del ideal, de vinculaciones y de movimiento, son impensables sin una cosmovisión providencialista.

2. Los tres principios básicos del sistema pedagógico kentenijiano

2.1. Primer principio: El orden de ser determina el orden de actuar

Afirma el P. Kentenich en su escrito “Mi Filosofía de la Educación”:

Los fundamentos de todo el sistema descansan sobre tres principios fundamentales. Los primeros se basan en el pensar tomista. El último principio fundamental responde a la concepción salesiana. Nos referiremos brevemente a estos principios y los colocaremos en un marco más amplio.

El primer principio dice así: *Ordo essendi est ordo agendi*. Quiere decir que el orden de ser objetivo, como expresión plena del plan y querer divino para con el hombre como persona individual y social, determina el orden de vida y también con ello, al mismo tiempo, el fin y el modo de la educación.

Podemos igualmente usar la siguiente formulación: *Operatio sequitur esse* (La acción se sigue del ser). Lo que significa que el ser determina el querer y el deber. Dicho más exactamente: el ritmo objetivo del ser determina el ritmo de vida subjetivo, constituyéndose así en norma para todo el sistema de educación. Más aún: la dinámica del ser determina la dinámica de la vida y de la educación.

Este principio fundamental confiere al sistema pedagógico del P. Kentenich una base sólida. Todo el actuar pedagógico dependen de la visión antropológica que profesemos. Un error en esta concepción conduce irremisiblemente a un error en el modo de educar.

Hoy se presentan en este sentido profundas divergencias en la concepción del hombre. Pocos creen en un “orden de ser”, menos aún en un Dios que crea al hombre según su imagen y semejanza, dejando impresa en su ser una “ley natural”. Hoy escuchamos y vemos aplicadas todo tipo de doctrinas sobre el hombre y su destino. El P. Kentenich se plantea ante ellas, haciendo brillar con vigor la dignidad de la persona humana como *imago Dei*, imagen de Dios, como ser libre capaz de dar y recibir amor, como un “espíritu encarnado” abierto a la trascendencia o *capax Dei*, capaz de recibir el don sobrenatural de Dios. Más aún, lo considera a la luz de la razón iluminada por la fe, como *imago Trinitatis*, imagen

de la Santísima Trinidad, del Dios que es tres personas en una sola naturaleza divina. “Dijo Dios: Hagamos el hombre a imagen nuestra, según nuestra semejanza”. Y creó Dios el hombre a imagen suya: a imagen de Dios lo creó.” (Cf Gen 1, 26 ss)

Esta visión del orden de ser (natural y sobrenatural) de la persona es el faro que ilumina la meta de la educación. La educación es justamente una acción orientada a servir el desarrollo pleno de una persona así concebida.

El orden de ser se refiere a la naturaleza querida por Dios de las creaturas, visto “supratemporalmente” o en cuanto es siempre válido: es un orden de ser “estático”, es decir, no cambia. Por ejemplo, la concepción de la naturaleza de la persona como un espíritu encarnado, capaz de conocer y amar, o la naturaleza del varón y de la mujer, etc.

Por otra parte, cuando el fundador de Schoenstatt se refiere al orden de ser “objetivo”, no concibe el ser humano y la comunidad en una forma estática o rígida, porque considera la complejidad dinámica de su orden de ser, que abarca distintas realidades y, además, el hecho de que tanto en el individuo como en la comunidad se dan distintas etapas “objetivas” de un desarrollo dinámico o constantes psicológicas objetivas que el educador siempre debe tener en cuenta.

Este orden de ser, por otra parte, es visto en la óptica de un determinado tiempo. Ello lleva a destacar rasgos objetivos de acuerdo al espíritu positivo o negativo de la época. Así se dan diversas visiones del hombre nuevo cristiano a lo largo de la historia, que acentuando cada una determinados rasgos del hombre cristiano, mantienen siempre lo que es esencial a su naturaleza.

En este sentido, el P. Kentenich, al señalar como meta de la educación la formación del “hombre nuevo”, se refiere al hombre nuevo “supratemporal”, en el sentido paulino, opuesto al “hombre viejo”, del cual se debe despojar. Este hombre nuevo “objetivo” es visto en la óptica del tiempo. En ese sentido, el P. Kentenich destaca en forma especial el rasgo de la libertad y del raigambre en el organismo de vínculos personales, que exige superar al hombre viejo tal como éste se da en nuestra cultura materialista, secularizada y masificada.

2.2. Segundo principio: La armonía entre naturaleza y gracia

El segundo principio que señala el P. Kentenich, como base de su sistema pedagógico, tiene también una raíz tomista. Se refiere a la armonía entre naturaleza y gracia. De suyo es una profundización que mira más de cerca el orden de ser de la persona humana.

Dice el P. Kentenich:

El segundo fundamento filosófico del modo de educación de Schoenstatt, es el principio fundamental tomista: *“Gratia praesupponit naturam; gratia non destruit sed perficit et elevat naturam”*, la gracia presupone la naturaleza, no la destruye sino que la sana, la perfecciona y eleva.

Con esto se toma posición en relación a lo propio de la naturaleza humana y a la gracia que Dios le regala. Hablando con más exactitud, aquí se trata del ideal de la unión armónica, orgánica y rítmica de la naturaleza y la gracia. Esto quiere decir que, según la intención de Dios, el hombre redimido pertenece a ambos órdenes, al orden de la naturaleza y al de la gracia.

Este principio, por lo tanto, hace referencia específica a la relación entre el orden natural y sobrenatural, entre la creatura y Dios; entre la naturaleza y la gracia, entre la acción del hombre y el actuar de Dios. El P. Kentenich lo aplica en toda su pedagogía. El ideal que persigue es el cultivo de un auténtico humanismo, que armoniza lo humano con el don gratuito de Dios; que sabe conjugar el impulso natural del hombre con el impulso de la vida sobrenatural que Dios ha infundido en su ser.

El fundador de Schoenstatt parte de la base positiva de una naturaleza, que si bien está herida por el pecado y sus consecuencias, sin embargo no está corrompida. Esta actitud optimista y realista inspira toda su acción pedagógica. Si de hecho hay heridas, la gracia viene a sanar esas heridas, secuelas del pecado original, personal. Y no sólo eso, la gracia eleva al hombre y a la sociedad a un nivel superior, que enaltece más allá de los límites puramente humanos.

Al poner en relieve este principio básico, el P. Kentenich se distancia de unilateralidades que se han dado profusamente en el campo de la espiritualidad, la ascética y la pedagogía en la vida de la Iglesia. Muchas veces, se ha caído en un pesimismo y negativismo respecto a todo lo humano y terreno. Y ello no raras veces ha conducido a un sobrenaturalismo, que inhibe la naturaleza, cohibiendo y hasta cercenando lo que le es propio. Por otra parte, en el extremo opuesto se ha dado un marcado "hominismo" materialista, que tiende a sobrevalorar la creatura y hasta endiosar el poder del hombre, en la línea de una autorredención, subvalorando la gracia y el poder de Dios.

Otra de las desviaciones que se han producido en esta línea es la concepción de la gracia como un paquete que se sobrepone a la naturaleza. La persona la recibiría como algo yuxtapuesto a su realidad humana y a su propia psicología.

El P. Kentenich destaca fuertemente que Aquel que nos creó es el mismo que nos redimió y que su don gratuito (la gracia) "encaja", por así decirlo, con la naturaleza de la persona, compenetrándola desde dentro. Podemos, por ejemplo, distinguir el amor humano y el amor sobrenatural, pero en la vida actúan como un solo amor, no como dos amores yuxtapuestos.

Cuando María amaba y estrechaba en sus brazos al Niño Jesús, ese amor comprendía un impulso materno instintivo, un amor espiritual lúcido y un extraordinario amor sobrenatural. El amor sobrenatural penetra, empapa, abarca ese amor, lo presupone, lo sana, purifica y perfecciona; el amor sensible, afectivo, a su vez impregna con su calidez el amor espiritual y sobrenatural.

El vaso humano en que se recibe la gracia, usando otra imagen, confiere a la gracia una forma determinada y original, tal como el agua que se vierte en un recipiente toma la forma de éste. "*Quid quid recipitur*, decían los escolásticos, *ad*

modum recipientis recipitur”, lo que se recibe, se recibe –o toma la forma– de acuerdo a la forma del recipiente.

Todo lo expuesto condiciona profundamente la actividad pedagógica. Es interesante considerar en este contexto lo que expone el P. Kentenich al respecto:

Tres estrellas guías, son las que iluminan este ideal (de la unión armónica de naturaleza y gracia) dándole dirección y norma. **Se trata del sacrificio de la naturaleza, del perfeccionamiento de la naturaleza y de la elevación o sublimación de la naturaleza.**

Si uno habla del humanismo cristiano sin precisar sus límites, se corre el gran peligro -sobre todo hoy- de no tomar para nada en cuenta la necesidad del sacrificio de la naturaleza. Se olvida así que la naturaleza que llevamos en nosotros, desde la caída de Adán, es una naturaleza caída, cargada con el pecado original, interiormente dividida, que no puede alcanzar la madurez de su perfección ni de su sublimación sin el sacrificio de sí misma.

El sacrificio de la naturaleza ha de ser esclarecido, orgánico y heroicamente vigoroso.

Debe ser siempre un sacrificio esclarecido, esto significa que prefiere aquellas formas de mortificación o de vencimiento de sí mismo o de purificación y penitencia que sean apropiadas para alcanzar la perfección de la naturaleza individual, y hacerla crecer en el mundo de su sublimación sobrenatural. (...)

En resumen, también para el humanista cristiano o el santo de la vida diaria, es válida la antigua y sabia sentencia adecuadamente aplicada: la gracia construye sobre las ruinas de la naturaleza. No es la naturaleza la que deba y pueda ser destruida en sí misma, sino únicamente sus desviaciones, lo que se degenera y las tendencias a idolatrarse a sí misma.

El sacrificio de la naturaleza ha de ser orgánico. Esto significa que no puede ser hecho a tontas y a locas. No se cultiva en virtud de sí mismo, sino en razón de un bien más elevado. Ha de estar unido más bien con el perfeccionamiento y la sublimación de la naturaleza. Igualmente, debe hacerse dependiente de los estímulos de la gracia. Además, está sometido a la ley del discernimiento de los espíritus. Y sabe, por otra parte, de la unidad de tensión entre mortificación activa y pasiva; de la unión entre el método de iluminación y de oscurecimiento; así como la alternación entre el actuar a propósito y la acción sanamente instintiva (*agere a proposito et agere a natura*). (...)

(Cuando hablamos de armonía entre naturaleza y gracia) con ello se quiere expresar que ambas no existen una junto a la otra o sobre la otra, como dos pisos de un edificio o como dos piezas separadas. Pero tampoco se compenetran la una en la otra de tal manera que se pueda hablar, en el pleno sentido de la palabra, de una fusión. Más bien, se acostumbra decir que se unen mutuamente constituyendo un sólo principio de acción, sin perder por ello su originalidad. Por eso el pedagogo debe cuidar que la

meta natural y sobrenatural, y que la motivación natural y sobrenatural, se unan mutuamente y actúen en la forma debida. (*Mi Filosofía de la Educación*)

La aplicación concreta de este principio básico en la pedagogía del P. Kentenich abre un campo nuevo en el mundo de la pedagogía de la fe. A saber, cómo abrir a la persona a la gracia en forma fecunda. Si sólo se considera la esfera intelectual y volitiva, a menudo “se habla por sobre las cabezas” de los educandos, pues la semilla de la Buena Nueva encuentra un terreno pedregoso y no logra penetrar en el corazón de la persona. La importancia de este principio de la armonía entre naturaleza y gracia también tiene gran incidencia en relación a la pedagogía de los vínculos personales, de lo que él denomina “el amor pedagógico”, es decir, un amor lúcido, pero profundamente afectivo y cordial, que es capaz de despertar la receptividad para el don divino y ganar esa naturaleza (a menudo hondamente herida) para el amor de Dios.

El P. Kentenich se preocupa de captar y responder a todo lo que palpita en la persona, no sólo a los anhelos que brotan de su consciente sino también a lo que late en su corazón, en su mundo afectivo e instintivo, hasta en su inconsciente. La pedagogía del P. Kentenich se “adapta” a la receptibilidad subjetiva del educando, que es precisamente una receptividad “objetiva”, que hay que considerar y a la cual hay que responder.

Constantemente se estará dando en todo el proceso pedagógico esta interacción de lo divino y de lo humano, orientada a formar personalidades profundamente humanas, porque se han dejado sanar y elevar por el poder de un amor sobrenatural.

2.3. Tercer principio: La ley fundamental del amor

El tercer fundamento del sistema de educación kentenijiano es nuevamente una profundización del primer principio: “el orden de ser determina el orden de actuar”. Si el hombre fue hecho a imagen y semejanza de Dios y Dios es amor, es decir, que Dios hace todo por amor, en el amor y para el amor, entonces esta “ley universal del amor” debe valer para todo el actuar del hombre, en especial, para el actuar pedagógico.

Schoenstatt, explica el P. Kentenich, saca de este principio fundamental, últimas consecuencias teológicas y filosóficas convirtiéndolas en fundamento y núcleo central de su manera de educar. Al proceder de este modo, agrega, se orienta según el pensamiento de san Francisco de Sales, quien se esfuerza en investigar las últimas y más profundas conexiones metafísicas entre la imagen original de Dios y su reflejo o imagen humana, tornándolas fecundas. (...) Francisco de Sales explica a su manera esta frase de san Juan (“Dios es amor”), llena de contenido. Habla del amor como ley fundamental del mundo y saca como consecuencia que el amor debe llegar a ser la ley fundamental de nuestra vida y de nuestra educación.

El P. Kentenich, desde el inicio de su actividad como educador, se atiene en todo a este principio. Recordemos sus palabras en el Acta de Profundación:

Me pongo a disposición de ustedes con todo lo que soy y lo que tengo: mi saber y mi ignorancia, mi capacidad e incapacidad, pero, sobre todo, mi corazón.

Explica en el texto que citamos sobre su filosofía de la educación:

De modo semejante, la ley fundamental del mundo tiene vigencia para la imagen de Dios: el hombre. Por su carácter de imagen de Dios, lógicamente resulta que dicha ley ha de llegar a convertirse primeramente en ley fundamental de vida y luego en ley fundamental de la educación. (...)

El educador que está enteramente animado en su interior por la ley fundamental del mundo, o que la ha convertido en su actitud fundamental, marcha por buen camino. En toda su actividad tiene siempre una clara meta ante sus ojos, aún en las situaciones más difíciles. Nunca llegará a convertirse en una caña que el viento agita hacia cualquier lado. Puede ser que múltiples motivos lo impulsen en su actividad de educador; puede ser que busque con ello asegurar su situación económica; puede ser que encuentre una alegría espontánea en el contacto con la juventud; puede ser que siga un impulso interior hacia la docencia... Éstos y otros motivos semejantes pueden estar vivos en él. Pero todos ellos, sin excepción, deben llegar a unirse en un doble amor: el amor a Dios y el amor a su imagen en los suyos. Este amor quiere y debe llegar a resplandecer sobre todo, debe traspasar y animar al educador desde la cabeza hasta la punta de los pies. Ha de ser un amor originariamente personal, cálido, alegre y fuerte en el sacrificio.

El amor, simplemente, no sólo es el mayor poder en el cielo y en la tierra, sino que ha de ser visto y valorado como el gran poder creador en la educación. No en vano en el Movimiento Schoenstatt se escucha que educadores son hombres que aman y que nunca dejan de amar. Los verdaderos y auténticos educadores son genios del amor...

(Mi Filosofía de la Educación, 1961)

Todo el sistema pedagógico del P. Kentenich está traspasado y orientado por una clara y consecuente pedagogía del amor o pedagogía de las vinculaciones (de los vínculos de amor). Esto se hará más evidente en la medida que abordemos los siguientes capítulos del sistema pedagógico kentenijiano.

IV. FIN O META DE LA EDUCACIÓN

1. En general

El fin, afirma Aristóteles, es “la causa de las causas”. Si queremos aprovechar nuestras fuerzas en forma constructiva y no dilapidarlas, antes que nada tenemos que tener una orientación hacia lo que en definitiva justifica y condiciona todo lo que emprendamos. Esto, que posee validez general, se aplica también a la actividad pedagógica, cuyo objetivo es ayudar a una persona y a la comunidad a que alcancen su pleno desarrollo. De ahí que sea determinante que el educador conozca el sentido último que posee su actuar pedagógico, es decir, el tipo de persona y de comunidad que queremos fomentar y apoyar en su crecimiento.

En la jornada pedagógica de 1931, explica el P. Kentenich:

¿Cuál es, en lo más hondo, el fin de la educación católica? En principio, la respuesta es fácil: desde la perspectiva pedagógica es la capacidad y disposición para vivir, actuando en forma autónoma y por propia iniciativa, y como miembro de Cristo, la vida de un hijo de Dios

La meta que persigue el educador católico siempre será ayudar a que Cristo alcance la plena estatura en nosotros, y que arraigados en él, por la fuerza del Espíritu Santo seamos un hombre nuevo, como miembros de su Cuerpo.

Ser hombres nuevos en Cristo Jesús es el ideal supratemporal. Ahora bien, como se explicó anteriormente, ese ideal adquiere diversas formas a lo largo de la historia de la Iglesia, en cuanto ésta se siente y se sabe llamada a dar respuesta a los desafíos que le presenta cada nueva época histórica. Así han surgido diversas acentuaciones del ideal permanente, de acuerdo a lo que era necesario destacar de modo particular.

Esta acentuación implica un cambio también en la del camino pedagógico que se orienta a la formación del tipo de hombre y comunidad que requiere el tiempo.

En el texto sobre su filosofía de la educación, escribe el P. Kentenich:

En el seno de la Trinidad, cada Persona, simultáneamente, se posee a sí misma y, al mismo tiempo, está plenamente abierta a las otras Personas. Ambos momentos se dan de una manera tan indescriptiblemente profundas que hablamos de un Dios en tres Personas.

Schoenstatt se orienta definitivamente, en su doctrina de la educación, según esta imagen ideal. De ahí que hable en todos los tonos del ideal del hombre nuevo en la nueva comunidad.

La nueva comunidad se caracteriza así: es la comunidad perfecta sobre la base de personalidades perfectas, ambas impulsadas por la fuerza fundamental y elemental del amor.

El hombre nuevo es la personalidad autónoma, llena de espíritu, pronta y alegre en decidirse, responsable e interiormente libre, alejada tanto de una

rígida esclavitud a las formas como de una arbitrariedad que no conoce formas.

Por eso no reconoce una autonomía absoluta. Al orientarse según el ideal de la Sma. Trinidad se adecua en todas las etapas de su desarrollo a las leyes del ser de la misma Sma. Trinidad. Une, por lo tanto, la autonomía con la heteronomía.

2. En particular

2.1. Un hombre libre

En el texto recién citado se percibe con cuánta claridad acentúa el P. Kentenich la necesidad de formar un tipo de hombre enteramente libre. Cara al tiempo actual, señala con fuerza la necesidad de **encarnar un tipo de hombre marcadamente libre**. En una época masificada, despersonalizada y deshumanizada, aboga por un tipo de hombre **capaz de decidir por sí mismo y realizar lo decidido en forma autónoma y por propia iniciativa**.

Toda la actividad pedagógica tiende, por lo tanto, a ayudar a que las personas lleguen a ser verdaderamente libres, dueñas de sí mismas y responsables de lo que deciden.

Por eso la insistencia del P. Kentenich en no favorecer que las personas se aferren a formas exteriores, amoldándose a costumbres y sometiéndose a estilos que no han asumido “desde dentro” y libremente. El hombre nuevo que la actividad pedagógica ayuda a forjar, no tolera formas sin alma, es decir, quiere superar el formalismo que esclaviza y observa costumbres que, o carecen de alma o los atan interior y exteriormente de tal modo que coartan la dignidad y originalidad que debe caracterizarlos como personas libres.

La pedagogía kentenijiana pretende ayudar a **que las personas alcancen la “plena libertad de los hijos de Dios” en Cristo Jesús**. Es decir, que se despojen de todas aquellas ataduras que les impiden tomar decisiones de acuerdo al querer de Dios –y lo que Dios quiere es su bien, su plenitud–. Por eso especifica que se trata de la libertad “de los hijos de Dios”, y no la libertad que es libertinaje o ausencia de todo compromiso, que se deja llevar por los instintos e impulsos desviados que habitan en nuestro interior o que se esclaviza a todo tipo de ídolos a los cuales rinde pleitesía.

Con esto el P. Kentenich se declara partidario de un marcado personalismo, que encarna vitalmente la dignidad de la persona humana tal como Dios la concibió en su plan creador y tal como la restauró en su plan de redención.

2.2. Un hombre comunitario

Este tipo de hombre, libre y autónomo, dueño de sí mismo, está llamado a ser y a realizarse en la medida que desarrolla en él la capacidad de dar y recibir amor.

Por eso, el personalismo kentenijiano incluye esencialmente el solidarismo. Es decir, la persona –creada según la imagen de la Santísima Trinidad– está llamada a enraizarse en la comunidad: existe en comunidad; es una persona autónoma esencialmente orientada al tú. Se realiza en la medida en que vive en, para y con el otro; sustenta y es sustentado por la comunidad; contiene en sí a la comunidad y es contenido por ésta en un mutuo intercambio de amor.

La máxima expresión del solidarismo es vivir “el uno en, con y para el otro”: es la contrapartida del hombre actual, que trata de sobrevivir en un medio donde reinan el individualismo y la masificación; donde impera “un frío cósmico y antropológico” y el auténtico amor se ha enfriado o desvanecido, donde se destruyen todos los vínculos personales queridos por Dios.

2.3. Un hombre arraigado en el mundo sobrenatural

La meta que persigue el educador es ayudar a que este tipo de hombre libre, integrado plenamente en el “organismo natural de vinculaciones”, al mismo tiempo esté arraigado en el “organismo sobrenatural de vinculaciones”, uniendo armónicamente Dios y mundo, amor a los hombre y amor a Dios. Un tipo de hombre que en las cosas y en las personas que lo rodean, que en los acontecimientos que marcan su camino, descubra el rostro de Dios y perciba sus muestras de amor y su conducción de Padre, tratando de responder a ese amor impulsado por un profundo amor filial.

Toda la actividad pedagógica tiende, por lo tanto, a que la persona, libremente, por amor, se vinculen desde lo más íntimo de su ser al Dios vivo; a que se arraigue en Cristo Jesús, como miembro de su Cuerpo, que es la Iglesia. En este sentido el P. Kentenich habla constantemente del “hombre del más allá” y del hombre filial.

Estar enraizado en el mundo sobrenatural no lo aleja ni separa del más acá. Más todavía, él ama a Dios a través de las criaturas y encuentra el amor de Dios en las criaturas.

Este tipo de hombre nuevo da respuesta a la descristianización que hoy invade nuestra cultura, la cual ha cortado el cordón umbilical con Dios Padre y se ha alejado de las fuentes de agua viva que le ofrece Cristo el Señor.

2.4. Un hombre apostólico

El hombre nuevo y la nueva comunidad, por estar animados por la ley fundamental del amor de Cristo, poseen un marcado sello apostólico, plasmador de cultura. La participación en Cristo, su celo por el Reino de Dios Padre en el mundo, le impulsan necesariamente a participar en la obra del Dios Creador y Redentor. Por ello la dimensión apostólica y misionera pertenecen indisolublemente al ideal del hombre nuevo en la nueva comunidad.

El educador tiene esto muy en cuenta, evitando que el proceso de autoformación y comunitario que propicia no conduzcan al encierro personal o comunitario. El hombre libre sabe decidir y actuar, y realizar lo decidido. El hombre que ama se

abre en el amor a la persona y las necesidades de los demás; el hombre filial se entrega con todo su ser a la construcción del reino de Dios aquí en la tierra, es un hombre que se sabe agente activo y creador de historia.

La actividad y compromiso apostólico constituye un objetivo esencial de la actividad pedagógica: es promovida y fomentada por el educador, teniendo en cuenta, además, que esa actividad ejerce una función formadora de la personalidad. El P. Kentenich solía repetir el siguiente axioma: “Por la propia actividad, hacia la autonomía personal”, porque “las tareas forman al hombre”.

2.5. Un hombre mariano

La personificación preclara de la meta que orienta el proceso pedagógico, el P. Kentenich la ve encarnada en María, la Compañera y Colaboradora de Cristo en toda la obra redentora. Ella resume en tu ser, en su actitud, en la profundidad y armonía de sus vínculos de amor, el ideal que ilumina y orienta la actividad pedagógica. Ella ejerce, como ideal encarnado, una función central orientadora para el educador kentenijiano.

Más adelante, cuando abordemos la pedagogía mariana, nos detendremos en esta dimensión del sistema pedagógico de Schoenstatt.

V. QUÉ SE ENTIENDE POR EDUCAR

1. Aclaración de algunos términos

El sistema pedagógico supone poseer claridad respecto a la meta que queremos alcanzar. Pero poco sacaríamos con contar solo con esta claridad. Con seguridad muchos subscriben estos ideales. Se aclaran y se proponen, se anuncian y defienden, pero, donde se juegan las cosas es justamente en el cómo alcanzar esta meta y cómo ayudar a personas y comunidades concretas a que logren vivirla en la mayor plenitud posible aquí en la tierra.

Cuando se habla de un “sistema pedagógico” se hace referencia a una visión doctrinal del proceso educativo. El “sistema” ordena conceptualmente los fines, el estilo, la metodología que se aplica en la educación.

Si se habla de “educación” o de “educar”, en primer lugar, se hace referencia a la acción por la cual el educador ayuda o conduce el proceso de consecución de la meta pedagógica que debe alcanzar el educando.

Cuando el P. Kentenich se refiere a la educación, distingue lo que denomina “heteroeducación” (*Fremderziehung*) y autoeducación (*Selbsterziehung*).

A veces no se repara con suficiente claridad en esta distinción, tal vez por la estrecha relación que existe entre ambas, pero sistemáticamente, es conveniente diferenciarlas. Es importante tenerla en cuenta en particular cuando se trata de diseñar un sistema de educación.

La autoeducación o autoformación, tiene que ver con lo que debe hacer el educando para construir su propia personalidad. El educador motiva, sirve, apoya lo que éste debe hacer por sí mismo, ya que es un ser libre y que, por lo mismo, no es un ser pasivo que simplemente se deja modelar y regir por otro. Un actuar impositivo de parte del educador pasaría por alto la dignidad propia del educando.

El P. Kentenich, desde el inicio –recuérdese el Acta de Prefundación– acentúa la necesidad de que el educando asuma personalmente la tarea de educarse, exigiéndose, creciendo, podando, desarrollándose por sí mismo con la ayuda de la gracia. **En este sentido el ideal es que el educador se haga “prescindible”:** “a caminar se aprende caminando”. Si la madre tuviese siempre cogido de la mano al niño, éste nunca aprendería a caminar...

El educador motiva por el ideal (más adelante se tratará la pedagogía del ideal), pero el educando debe tomar las riendas de su propia educación de acuerdo a su edad y desarrollo personal, buscando él mismo descubrir, formular y realizar su ideal personal.

En la autoformación juega un papel especial la ascética y los medios ascéticos. Estos son una ayuda, no un fin en sí mismos.

La heteroeducación se refiere específicamente a la función que desempeña el educador. De ella nos ocupamos en este texto, sin perder de vista, sin embargo, que heteroeducación y autoeducación van de la mano.

Ambas son necesarias y se complementan. Más aún si se tiene en cuenta que el educador, al ejercer su tarea, el mismo es educado por las personas que educa. De hecho la “comunidad educativa” que genera el proceso de educación implica una educación mutua: el educador es educado también por los suyos. Más adelante haremos referencia a ello cuando hablemos del “educador educado”.

De más está decir que la autoeducación para ambos es una tarea que se prolonga a lo largo de toda la vida.

2. Qué significa educar

El término “educar” viene del latín y hace referencia al prefijo “**ex**”, que significa sacar de, extraer, y del verbo “**ducere**”, que significa conducir. Esta etimología arroja luz sobre el hecho de que el educador no fabrica ni impone al educando cómo este debe ser o lo que debe hacer, sino que lo saca desde dentro, es decir, él parte de lo que hay en el educando, de lo que Dios ha puesto como realidad y como germen en su alma. Es un proceso durante el cual el educador guía y acompaña al educando en su desarrollo.

El P. Kentenich entrega varias definiciones que tratan de describir el proceso que entraña la educación. Se trata de un “proceso”, es decir, de algo que está aconteciendo en el tiempo, donde existe un desarrollo progresivo, con altos y bajos, con ritmos diversos según la edad y las circunstancias que acompañan este proceso. Se trata de un proceso “vital” y la vida es difícil reducirla a conceptos o a un orden meramente lógico: siempre la vida entraña un misterio humano y divino.

El P. Kentenich busca definir de algún modo este proceso vital, destacando en él aspectos neurálgicos que inciden en el mismo. Básicamente nos entrega tres definiciones de la educación.

“Educar, afirma, consiste en servir desinteresadamente la vida ajena”. Es una definición clara, que centra la educación en el servicio que se presta al educando; servicio que pospone el propio interés o provecho del educador, quien está volcado por entero al crecimiento y desarrollo del educando.

Este servicio siempre estará impulsado y orientado por un amor personal, que deja en segundo plano el propio yo, para entregarse por entero al bien del educando, del hijo, del alumno, de la juventud, de quienes Dios pone en sus manos.

El servicio del educador está orientado a la persona o comunidad en su originalidad propia. Es un servicio “personalizado”, que respeta profundamente los talentos, la historia y la vocación propia tanto del educando como de la comunidad. En la educación kentenijiana no hay lugar para el cliché.

Otra de las definiciones predilectas del P. Kentenich dice así: **“educar es el proceso por el cual un ser viviente, a partir de un principio conjunto, produce otro ser viviente semejante a él”.** Es una definición que proviene del

concepto de “generación” o de “engendrar” que usa Boetius para explicar filosóficamente la “generación” en el tratado dogmático sobre la Trinidad.

El P. Kentenich acentúa el hecho que educar equivale a un proceso de **engendramiento**, es decir, **de trasmisión de vida** (del educador al educando), el cual despierta y genera en éste una vida semejante a la que posee el educador. Este proceso se da en el ámbito de **una profunda unidad entre el educador y el educando**. Esta comunidad de vida entre ambos es el secreto de la fecundidad del proceso educativo. En esa comunidad el educador educa y a la vez es educado por quienes educa⁹.

“La vida se enciende con la vida”, repite una y otra vez el P. Kentenich. A menudo cita y hace suya la definición de educación que da el pedagogo alemán Seiler. Ésta consiste, afirma, en **“mantener un vivo contacto”** (*lebendige Fühlung halten*), entre el educador y el educando.

En la jornada pedagógica de 1951, el Padre une las dos definiciones, diciendo:

Nada más hermoso que ser educador. Quien lo sea realmente, en virtud de su labor se formará a sí mismo más de lo que él mismo forma a otros. Educar es un mutuo acto de generar vida. He ahí el secreto de la educación, del proceso generador. Si me constituyo en "señor" y considero a los educandos como "vasallos", dictaré ciertamente clases, pero no estaré educando. Si no estoy abierto a los valores de los que me fueron confiados, ellos tampoco se abrirán a los míos.

Todas estas descripciones del proceso educativo se centran en la trasmisión de vida, en el educador, que posee y “contagia” la vida que encarna, y, por otra parte, en la necesidad de que el educador establezca una unión o comunidad entre él y el educando, que posibilite la trasmisión de vida.

Esta concepción de la educación, se aleja, por lo tanto de una educación entendida en primer lugar como trasmisión de ideas, o bien como un “adiestramiento”; que dicta normas y controla que éstas se cumplan.

⁹ De Sócrates, El maestro como partero: “El maestro que ayuda a dar a luz, que crea las condiciones para que la vida sea. El partero siempre dispuesto, pues uno nunca sabe cuándo la vida tiene a bien aparecer, el partero decidido, capaz de formar un parto o de dar la palmadita necesaria para que el aire llegue a los pulmones del estudiante. El que sabe sacar eso tan positivo que conviene en nuestro interior es justamente el maestro. Partero porque está ahí a las afueras, al borde, al lado, para asistir, ayudar, jalar o dar ánimos”.

V. EL ETHOS DEL EDUCADOR

Lo expuesto anteriormente nos lleva a considerar más de cerca la persona del educador. Él es la pieza clave de todo el proceso educativo. De hecho existen diversos agentes educativos, tanto personales como ambientales. En las explicaciones posteriores del sistema pedagógico kentenijiano las iremos mencionando, pero todos estos factores, de una u otra forma, poseen una estrecha relación con el educador, sea que se trate de los padres de familia, de profesores o de otros “educadores secundarios”.

De la mano del P. Kentenich iremos desglosando las diversas facetas que caracterizan el ethos del educador.

En primer lugar nos referiremos a diversas caracterizaciones de las **imágenes negativas de educador**. Ello nos permite visualizar por contraste lo que está llamado a ser el educador.

Luego, positivamente, iremos desglosando **el ser y actuar del educador** según el P. Kentenich, analizándolo desde distintas perspectivas. Afirma al respecto en la semana de Octubre de 1951:

Si la educación, como se señaló anteriormente, se concibe como servicio a la vida, entonces **es básica la exigencia de que el educador posea vida en sí mismo, o, dicho con otras palabras, que posea autoridad moral**. De otro modo podrá enseñar, explicar o exigir, pero sus palabras carecerán de poder plasmador, no convencerán ni lograrán entusiasmar a los educandos.

En segundo lugar, nos detenemos en la actitud fundamental que debe caracterizar al educador: **la paternidad o maternidad sacerdotal**. El educador está llamado a ser padre, porque está llamado a engendrar vida. Si se trata de educadoras, está llamada a ser madre. En todo caso, la paternidad debe complementarse siempre con la maternidad y la maternidad con la paternidad.

En tercer lugar, profundizando la paternidad/maternidad, el P. Kentenich insiste en la importancia de que esa actitud o poder de amor, esté **traspasada por un profundo respeto**. Afirma el fundador de Schoenstatt:

En los libros de pedagogía normalmente encontramos abundante material sobre el amor pedagógico. Por eso, en las reflexiones que haremos ahora, lo dejaremos de lado. Por el momento nos concentraremos más en el respeto, pues me parece que el respeto es más necesario que el amor.

Por cierto que si consideramos ambos afectos como un todo orgánico, sabemos bien que no se da el amor sin el respeto y que no hay respeto sin amor. Si los separamos metódicamente y los vemos en el contexto de la mentalidad actual, debemos decir que hoy, en la educación, lo más esencial, especialmente tratándose de la educación de la juventud, es el

respeto. Ese respeto de parte del educador, que obtiene como respuesta el respeto del educando.

Por último, en cuarto lugar, nos detenemos en una realidad que marca todo el ser y el actuar del educador. Desde una perspectiva de fe el educador está llamado a ser **imagen viva del gran Educador**, de Cristo Jesús, y a ejercer su tarea **en estrecha dependencia instrumental** del Señor: un instrumento apto y dócil en sus manos.

Tratamos los siguientes puntos:

1. Caracterizaciones negativas del educador
2. Necesidad de “educadores educados”
3. La paternidad/maternidad sacerdotal
4. La actitud fundamental: respeto y amor
5. Instrumento en manos del Señor

1. Imágenes negativas del educador

1.1. Según lo que orienta su actuar

El P. Kentenich describe cuatro tipos de educadores. A saber, el pragmático, el legalista y el iluso.

- **El educador pragmático**

En la Jornada de Octubre de 1951, caracteriza a este tipo de educador como el que tiene puesta su mirada constantemente en el éxito: busca el éxito personal en su gestión y actúa movido por este objetivo. No es el bien y el servicio a los suyos lo que persigue, sino el bien personal, su posición, el reconocimiento de su labor, los ascensos que pueda lograr, etc.

Esta actitud lo lleva a cometer serios errores y a autoengañarse. Por lo demás, cuando cosecha fracasos, se viene abajo o reacciona echando la culpa a otros de los mismos o endureciendo aún más su conducta.

Por cierto, dice el P. Kentenich, el motivo del éxito puede ser un motivo secundario. Es decir, por ejemplo, si no se obtiene el éxito deseado en la educación, es un hecho que tiene que llevarlo a indagar las causas, cuidando eso sí, de no culpar a los otros, sino en primer lugar examinarse a sí mismo, para corregir las causas. El que obtenga éxito en su labor, puede ser una confirmación de que va por buen camino en su actuar pedagógico. Lo importante es que no debe ser él el centro sino los educandos.

Explica el P. Kentenich sobre el educador pragmático:

Sólo quiero decir que si presto atención y aspiro al éxito, como este caso, y si el éxito es el motivo último, ¡con cuánta facilidad puedo equivocarme! Por eso, en este sentido es sumamente posible que se produzcan errores de apreciación, autoengaños. Sólo tienen que retener lo siguiente: se

presupone que ése sea en última instancia *el* ideal de mi actuación pedagógica. Si se trata de *uno* de los ideales, o sea, si es *uno* de los motivos, puede pasar, pero no debe ser el motivo último de mi autoeducación, de mi disciplina personal.

O tomen, por ejemplo, la *falta de disciplina*. Sé reglamentar, digo la verdad. ¿Y dónde está el éxito? [Lo que provoco] del otro lado es obstinación. Soy una persona impulsada por la ética del éxito, y, al parecer, el resultado es el fracaso. ¿Ven cuánto autoengaño hay aquí? ¿No es acaso posible, no sucede a menudo? Cuando el rebelde en cuestión está después a solas, entra en razones. Noto, pues, cuán imprecisa es una imagen semejante si ésta debiese ser sin más el ideal de mi educación y autoeducación.

Cuando un motivo semejante es el motivo impulsor, el último, el principal con que se cuenta, el efecto no es sólo el autoengaño sino también la primitivización de sí mismo. Una auto-primitivización del juicio y una auto-primitivización del carácter.

Auto-primitivización del juicio. Cuando se actúa teniendo siempre como único objetivo el éxito, ¡qué pronto se actúa en la práctica según la ley de que todo objetivo o todo fin justifica todo medio! Si quiero tener éxito, entonces, brutalidad. Si soy brutal, si practico el método del amaestramiento hasta el extremo, tengo éxito. Pero, ¡por favor!: ¿qué habré alcanzado como educador? Trátese de hijos carnales o de hijos en general, no deben perder nunca de vista que *lo principal en la educación* –más adelante volveremos más extensamente sobre el tema– es justamente el *servicio desinteresado a la vida*.

En ese caso no estoy sirviendo, ¿lo ven? De ese modo, llegarán también fácilmente a la *auto-primitivización del carácter*. ¿Qué quiero entonces? Propiamente, presumir. Cuando quiero tener éxito a toda costa, cuando el motivo último que me impulsa es éxito, éxito, búsqueda de éxito, una persona impulsada por la ética del éxito.

¡Y qué desdichado soy cuando no tengo éxito! ¿Qué es, pues, lo que busco? En última instancia, me busco a mí mismo. El yo está en primer plano, no el tú; no sirvo desinteresadamente al otro.

Ahí tienen uno de los tipos: el pragmático. Pregunto: ¿qué tiene que decirme el pragmático a mí? (*Semana de Octubre de 1951*)

- **El educador legalista**

El P. Kentenich nombra en segundo lugar al educador “legalista”. Lo denomina también educador “funcionario”. Lo caracteriza así:

Lo que se exige por ley se lleva a cabo fielmente, pero, más allá, se acabó; por ejemplo, fuera de la escuela, o más allá de lo que en sí mismo es necesario para que la clase funcione en cierta medida, se acabó.

Si investigan más a fondo de dónde podrá extraer su motivación, su inspiración, un tipo semejante de funcionario, hemos de decir que tal vez haya tenido experiencias negativas con el tipo idealista: no es raro que suceda.

Con esto quiere decir que anteriormente podía haber aspirado a ser un educador idealista, magnánimo y generoso. Sin embargo, los fracasos y, por otra parte, el observar lo sucedido con educadores que fueron al inicio “muy idealistas”, pero que la dura realidad de la vida los llevó a convertirse en personas más “sobrias”, sin mayores aspiraciones, que se limitaban simplemente a realizar su tarea cumpliendo con el mínimo necesario, los contagió y se convirtieron ellos también en educadores funcionarios.

Por eso, se acabó, en mi casa también se cuecen habas, yo cumplo mi obligación, y más allá de mi servicio habitual en la escuela, sigo mi propio camino y hago lo que quiero. (...)

Por eso, hay que revisar un poco: ¿de dónde provendrá que después, en la propia práctica, se rechace el tipo ideal, al idealista?

Desde luego, puede ser también que se observen fracasos por todas partes. Es muy fácil que me diga entonces: puedo esforzarme hasta matarme, que no tengo ningún éxito. De modo que, con sobriedad, digo después: pues bien, cumpliré mis obligaciones, lo estrictamente necesario, y el resto lo dejo pasar. Es éste un cierto proceso de enfriamiento. (...)

¿Qué hay que decir sobre esa caracterización? Naturalmente, en el legalista se esconden muchas cosas sanas, y lo sano que tiene parece asegurado a través de una correspondiente pedagogía de obligaciones practicadas con la disposición propia de un funcionario. Pero creo que no querríamos contemplar al legalista sin más como ideal. ¿Por qué?

Simplemente, porque le falta algo. ¿Qué es lo que le falta? ¿He de decir que le falta el carisma? Eso es mucho decir, puesto que uno no puede darse a sí mismo el carisma. ¿He de decir el aroma? Eso tampoco acierta en lo que hay que decir. ¿Qué he de decir? Debo decir que le falta el impulso, que le falta aquello que hemos dicho y mencionado tan a menudo en los otros cursos: *el pedagogo es el eterno amante que nunca deja de amar.*

Resumiendo: el legalista no corresponde al ideal, tampoco al ideal del pastor. Cuando al cerrar tras de mí la puerta se me acaba el interés, cuando mis seguidores no son objeto de mi amor, cuando no son asumidos por mí como un hijo, es decir, cuando la fuerza entera de mi vida no se ve movilizadora de forma correspondiente para servir a mis seguidores, me falta en realidad algo esencial. (*Semana de Octubre de 1951*)

El educador iluso

Como tercer tipo de educador, menciona el P. Kentenich al educador “iluso”, el que hace castillos en el aire, cambia constantemente de ideales, o presenta modelos de educadores o santos y los propone como metas

absolutas. Todo ello lo aleja de la meta que debe perseguir un educador, es decir, servir a la originalidad del educando, no imponerle de ningún modo modelos o clichés que lo lleven tras una ilusión; en definitiva, tras una meta o ideal que Dios no ha pensado para ellos. Por otra parte, el mismo, como educador, es infiel a su propia manera de ser al intentar adaptarse a un modelo que no le corresponde. Lo correcto sería mostrar a esos educadores o santos como ejemplos que inspiran e ilustrar, pero no como modelos a imitar.

En la Jornada de Octubre continúa el Padre describiendo esta deformación del educador:

Sin duda, todos debemos cuidar de no convertirnos en soñadores. Con esto llego a otro tipo: el iluso.

No debemos convertirnos en ilusos sino verdaderamente en idealistas. Lo reitero: debemos cuidarnos de practicar la pedagogía de ideales cuando ni siquiera conocemos la pedagogía de obligaciones.

La pedagogía de ideales presupone en todo la pedagogía de obligaciones. En este contexto, recuerdo lo que dijo en reiteradas ocasiones el que fuera tiempo atrás vicario general de la diócesis de Friburgo, y me lo dijo también a mí personalmente, cuando nuestro Movimiento comenzó a ganar terreno en la zona de Baden: “¡Qué dice! Necesitamos una asociación que cumpla los diez mandamientos: Ésa es la asociación que necesitamos”. ¿Comprenden qué significa esa afirmación? Es el mismo problema que tocamos en este punto.

Es decir, debemos cuidar de que, al elevar las manos hacia los ideales más elevados, no nos convirtamos en personas utópicas. La obligación está en primer lugar: debemos ser capaces de pasar la prueba en todas partes.

Pero el ideal ilumina el ámbito de las obligaciones, nos permite desarrollar de forma más fácil y apropiada el ámbito de las obligaciones y, además de ello, nos ayuda a hacer, de manera heroica, más que lo obligatorio, y a regalar todas las fuerzas de nuestra vida a aquellos que Dios nos ha dado y confiado.

Con ello hemos conocido [con más detalle], por lo menos dos tipos, dos tipos de maestros, dos tipos de autoeducación.

(...)

¿Cómo puedo mostrarles y esbozarles esta imagen?

Un simple esbozo de esta imagen nos advierte que el iluso puede presentarse con diferentes ropajes.

Por *iluso* entendemos, ante todo, a un *soñador pedagógico*, que vive basándose en castillos pedagógicos contruidos en el aire; que ha perdido el contacto con el suelo, con la realidad; que persigue simplemente ideas, ideas fijas, ideas que ha captado por ahí en alguna parte. Éste es *el primer tipo*, la primera forma de iluso.

Un segundo ropaje en el que puede presentarse el iluso: en esta forma vemos que puede inclinarse sin reserva alguna ante un ejemplo humano, trátese de un ejemplo del pasado o del presente. Utilizo a propósito el término “ejemplo”, y no “modelo”. Diría, casi: en lugar de captar ejemplos terrenos en su condición de tales, los convierte en modelos de vigencia universal, y en ello estriba justamente la ilusión.

Un tercer ropaje en el que se presenta el iluso: en esta forma, el iluso va *detrás de prototipos generales de maestros*, sea que se presenten en forma de una imagen estructural o de una lista de cualidades.

Todas éstas son ilusiones. Otra forma: *se inclina ante una idea central; no, ante varias ideas centrales, pero que cambian constantemente*. Todas éstas son formas en las que se presenta el iluso.

¿Qué podré decirles sobre las diferentes formas del iluso? (...)

Es evidente que el iluso, que corre tras los castillos en el aire que ha soñado, se derrumba de inmediato cuando entra en contacto con la vida práctica de cada día. Ese tipo de ilusiones son pompas de jabón que estallan tan pronto como salen al aire, tan pronto como entran en contacto con la vida.

Pero si consideramos el segundo tipo, tenemos ante nosotros a un educador que querría tener un ideal. No le basta ser un pragmático o un legalista, busca otra imagen orientadora. ¿Dónde busca esas imágenes? Tal como lo hemos establecido a modo de presupuesto, las busca en personas, en mortales tomados como ideales, pero de cuño integral. Puede ser que lo encuentre en un educador clásico del pasado, digamos, por ejemplo, Don Bosco, o en cualquier otro gran educador del pasado. O bien, me busco mi ideal acuñado en forma viva, por ejemplo, en un superior, en una persona, en el educador con el que he estado en contacto durante años.

¿Dónde estriba aquí la dificultad? Ya he colocado, una junto a otra, las dos expresiones que podemos y debemos diferenciar: ejemplo y modelo. *El ejemplo* tiene carácter modélico en algunos puntos en particular, en casos particulares. Pero el *modelo*, en el sentido propio de la palabra, tiene que ser una figura ideal, que como figura rectora acabada en sí misma y que impacta de forma integral, quiere llenar nuestra alma y arrastrarla hacia lo alto.

Si coloco ahora ambos conceptos en paralelo, entenderán que cuando me entrego a un ser humano, sea vivo o difunto, y lo hago de tal modo que ese ser humano es para mí el modelo y no sólo un ejemplo, me encuentro siempre en un doble peligro:

Primer peligro: el de perder mi propia forma de ser.

Segundo peligro, además de apropiarme de las buenas cualidades de mi ejemplo, propiamente de mi modelo, me apropio también de sus defectos.

Es decir, por una parte no me apropio suficientemente de mi manera de ser, no desarrollo mi manera de ser; y por el otra, caigo en el peligro de apropiarme de las malas costumbres de otros, y de ese modo una parte del núcleo de mi personalidad comienza a tambalearse en mi interior.

(...)

Desde ya quiero adelantar que los peligros que existen en este sentido y en los que, en cierto modo caemos, son una prueba de que el educador, si fue para mí un modelo y un ejemplo, no ha visualizado correctamente su tarea.

Desde el punto de vista del educando, puede entenderse que transitoriamente vea a su educador como *el* ideal, sobre todo si está apegado a él con amor inmaduro. Pero, justamente, el amor educador como amor pedagógico no debe ser amor primitivo. Si el amor primitivo de hijo se encuentra en la práctica con un amor maternal o paternal primitivo, es obvio que la miseria y el sufrimiento no tendrán fin. Pero que el amor de hijo sea transitoriamente primitivo, eso es sano. El amor educador tiene que evidenciar en todo sentido una cierta madurez; y un amor educador sano sabe conjurar, de forma amplia, duradera y profunda, el peligro que hemos mencionado, o que hay que mencionar, en este punto.

(...)

Resumiendo, entonces, ¿cuándo hablamos de un iluso? Cuando concibo un ideal terreno de forma totalmente absoluta como mi ideal último y supremo; cuando no asciendo a través del ideal hacia Dios, hacia Cristo, hacia la Santísima Virgen; y cuando el ideal que veo ante mí, aquí en la tierra, no me impulsa a desarrollar mi propio modo de ser. (...)

Todo lo que acabamos de considerar en común se refiere también a la imitación de los santos. ¿Dónde radica el peligro?

Podrán entender que nosotros, que con un cierto fanatismo queremos formar en todas partes y siempre de nuevo la personalidad, ponemos mucho cuidado en que no se pierda absolutamente nada de lo que puede despertar interiormente la personalidad, de lo que pueda desarrollar la personalidad.

(Semana de Octubre de 1951)

1.2. Caracterización según su grado de unión a Dios

La siguiente caracterización se toca en muchos puntos con la anterior, pero acentúa la relación que el educador tiene con Dios, es decir, la calidad de su vida interior y de su oración. En la Jornada Pedagógica de 1950, afirma el P. Kentenich:

Partiendo de aquí, no nos resulta difícil clasificar o generalizar, en cierta medida, la figura del sacerdote o del educador. Me atengo aquí a un tipo de clasificación dada por el cardenal inglés James Gibbons, con relación a los

sacerdotes. Él distingue entre sacerdotes de cobre, de plata y de oro. Si incorporo estos conceptos en nuestro *ethos* de educadores, considero poder agregar otro grado a esa lista: hay también educadores y educadoras de hojalata. ¿Cuál es el punto a partir del cual deben trazarse las líneas divisorias? Ese punto es la relación con Dios, el educador primordial. Es la comunidad de ser, de vida, de sentir y de corazón con el Dios viviente.

El educador “de cobre” cumple su obligación, y lo hace con exactitud, pero sólo hasta donde lo exige la obligación. Fuera de su horario de servicio, sigue sus propios caminos. Una vez que la puerta se ha cerrado tras de él, se ha cerrado todo: ya no es más maestro, tiene sus intereses privados. Si reduzco lo dicho al punto central del que hemos partido, podemos decir lo siguiente: a este educador hay que reconocerle que tiene comunidad de ser con Cristo; también comunidad de tareas; pero le falta la correspondiente comunidad de corazones.

Si pensamos en **el educador “de plata”**, tenemos que ascender. Éste no trabaja solamente en su tiempo de servicio sino también más allá. Día y noche puede verse cómo trabaja y se afana, cómo se esfuerza y brega. No se cansa para nada. Pero ¿cuál es el motivo más hondo de su actuar? Es la ambición o la tendencia al despliegue de sí mismo. Así, en los círculos de docentes y educadores, se lo caracteriza como un arribista ambicioso que siempre tiene que ocupar el puesto de primer violín, que tiene que estar en todas y tener en todas partes la primera palabra. Podrá tener comunidad de ser con Cristo. Más tarde podrá estar impulsado también por la comunidad de tareas con Cristo. Pero lo que en el fondo le falta es la plena comunidad de sentir y de corazón con Cristo. Ello se manifiesta y documenta cuando le tocan duros golpes en su profesión, cuando no tiene éxito alguno, cuando tiene que registrar fracaso tras fracaso. Transitoriamente podrá resistir, pero pronto se derrumba ante las dificultades de la vida. ¿Queremos comprobar dentro de qué género de educadores podemos contarnos? ¿Del primero? ¿Del segundo?

Al tercer género pertenecen los educadores **y maestros ideales, los “de oro”**. En ellos se aúna una serenidad soberana con una gran actividad. A la comunidad de ser y de tareas, ellos agregan una comunidad de corazón de inmensa dulzura con Cristo, el Sumo y Eterno Sacerdote y Educador de los pueblos. Como cultivan la comunidad de corazones y de sentir con él, saben que la cruz y el sufrimiento, el fracaso y el desprecio, son los mejores medios para formar y plasmar a las personas. Cumplen fielmente su obligación. Son amantes que nunca dejan de amar,¹⁰ ni siquiera cuando han cerrado tras de sí la puerta. La preocupación por el pueblo, por sus jóvenes, los acompaña día y noche; está en el centro de sus conversaciones, de su vida, de su oración. ¡Educadores ideales, geniales! Y cuanto más los alcanza la cruz y el sufrimiento, el desprecio y la deshonra, tanto más se adentran y arraigan en Cristo, tanto más se tornan abiertos

¹⁰ Frase de Don Bosco citada frecuentemente por José Kentenich.

para Cristo, tanto más Cristo puede derivar e irradiar hacia ellos todas sus fuerzas divinas.

¡Educadores de ese tipo querríamos ser! ¿Entienden lo que eso significa? En cualquier caso, de todas estas consideraciones podemos y deberíamos llevar con nosotros esta única idea: la oración es un poder educador de primer rango.

He agregado otro tipo a la clasificación: el educador “de hojalata” o “de hierro”. Éste se limita a cumplir la obligación estrictamente necesaria, sin ardor ni calidez interior. En su vida no ocupa lugar alguno la comunidad de tareas, de sentir y de corazones con Cristo.

1.3. Caracterización desde el punto de vista de la autoeducación

En la Semana de Octubre de 1951, en la cual analiza especialmente la autoeducación, hace el P. Kentenich otra caracterización. Esta vez sobre la forma en que el educador practica la autoeducación y el “vuelo” que es capaz de emprender. Usa las imágenes del avestruz, la gallina y el águila.

Si me permiten detenerme aquí por un momento para tomar en préstamo algunos elementos de san Francisco de Sales, sobre todo de su forma de exponer, tan rica en imágenes, me referiré a tres animales, que aquí hay que ver e interpretar de manera simbólica: el avestruz, la gallina y el águila. Ustedes eligen.

Pensamos, pues, en nuestra autoeducación. ¿A qué nos parecemos? ¿Al *avestruz*, que no puede elevarse del suelo? Es decir, ahí tienen un tipo de persona que no quiere tener nada que ver con la autoeducación. Le gusta cumplir nada más que con su deber...

Pensemos un momento en el educador de profesión: para que el inspector no emita después un juicio demasiado negativo sobre él, cumple más o menos y sólo exteriormente su obligación, pero interiormente se deja ir, cede a sus inclinaciones y pasiones; no tiene una disciplina personal y vigorosa, y por eso, tarde o temprano se volverá totalmente inútil para educar de otras personas.

Un segundo tipo es el que Francisco de Sales presenta simbólicamente usando la imagen de la *gallina*. Es justamente una gallina: alguna vez se levanta batiendo las alas sobre el suelo, pero cae nuevamente. La interpretación es simple: es una persona, un educador, que ha experimentado un poco, aquí y allá, con la autoeducación, pero que no tiene constancia, ni fuerza ni consecuencia alguna.

El ideal debería ser el *águila* que quiere elevarse hacia lo alto, hacia el sol; que espera de sí mismo lo más elevado, lo último; que se pone exigencias, tratándose de la autoeducación o de la dependencia respecto de Dios.

Pienso que lo dicho debiera bastar para despertar nuevamente en nosotros todo un complejo de ideas y preguntas.

Pero ahora permítanme examinar los grados de la autoeducación desde la perspectiva pedagógica. Pienso que, en este punto, debería mencionar sobre todo cuatro tipos. Quiero caracterizarlos de la siguiente manera:

2. La persona del educador según la visión del P. Kentenich

Hemos analizado diversos tipos de educadores desde un punto de vista más bien negativo, es decir, aquello que no debiese ser un educador. Por contraste, podemos ya colegir cuál es la imagen del educador ideal, del educador que aspiramos encarnar.

Consideramos esta imagen ideal en cuatro dimensiones

- Es, en primer lugar, un educador que se impone por lo que es, por su autoridad moral y no por lo que él entrega en su palabra o actividades que realiza. Se trata básicamente, de la fuerza del ejemplo o del ideal encarnado. En este sentido, el P. Kentenich habla del **“educador educado”**. El ideal que perseguimos, por eso, es luchar por lograr ser ese educador educado
- Este tipo de educador está llamado a encarnar una auténtica paternidad/maternidad. Si nos preguntamos cuál es la actitud fundamental que caracteriza a un educador según la concepción del P. Kentenich, no cabe duda de que es **la fuerza creadora de una auténtica paternidad y maternidad**
- Profundizando esta actitud básica del educador ideal, el P. Kentenich, señala que esta paternidad y maternidad son ejercidas en una **actitud de profundo amor y respeto**. Hoy, afirma, es necesario destacar aún más el respeto, sin el cual es imposible lograr establecer una mutua relación que sea verdaderamente fecunda en el proceso educativo.
- Ahora bien, considerando la relación del educador con Dios, destaca el P. Kentenich su carácter instrumental: el educador está llamado a ser un instrumento dócil y fiel en manos del Gran educador, que es Cristo Jesús.

2.1. El educador educado

Se abre aquí un amplio horizonte: lo que debe ser el educador en sí mismo; el tipo de persona que encarna. En primer lugar tiene que ser un educador que posea autoridad moral: para transmitir y engendrar vida, debe poseer vida. Debe llegar a ser una encarnación del ideal para los suyos, un vivo ejemplo que los mueva y entusiasme por el ideal.

- **Esto requiere de él, en primer lugar, un serio trabajo de autoformación.**

Este trabajo sistemático en su autoformación lo conduce a entrar en una "competencia" por alcanzar el ideal con los educandos. De este modo la exigencia de autoformación que tienen que realizar los suyos, primero debe librarla él mismo.

- La conquista de la autoridad moral requiere, en segundo lugar, **que el educador supere todo rasgo de infantilismo** en su actitud y su actuar.

2.1.1. La autoformación del educador

1) Una autoformación sistemática

Citamos un pasaje donde el P. Kentenich se refiere en primer lugar al poder del ejemplo en la educación de la fe. Ese poder es válido también para otros campos. Afirma el P. Kentenich en la semana de Octubre de 1951:

Desde el punto de vista psicológico y filosófico, la causa de la actividad creadora del buen ejemplo reside en la fuerza generadora de la idea encarnada.

La vida se enciende sólo en la vida. En la actualidad somos tan infecundos en la educación porque la mayoría de nosotros provenimos de una época de exagerado intelectualismo e idealismo filosófico. Enseñamos demasiado y vivimos demasiado poco.

¿Cuál es la causa fundamental de la fuerza casi omnipotente del buen ejemplo en la vida religiosa?

El educador profundamente religioso puede decir de sí mismo aquellas palabras de san Pablo: "No vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí". Toda su personalidad posee un aroma particular. Está enraizada en la realidad del más allá, en la realidad sobrenatural. Tiene la fragancia, la atmósfera de otro mundo que el hombre de hoy ya no conoce pero que secretamente anhela. Y ese anhelo se despierta con la mayor fuerza cuando el mundo sobrenatural se nos aparece en forma concreta en una persona cuya formación está clara y enérgicamente signada por lo sobrenatural. **Esa persona será capaz de suscitar todo lo noble que haya estado latente hasta ese momento en el fondo del alma.**

Es curioso lo que acontece con la mentalidad del hombre de hoy. El hombre está tan terriblemente desilusionado del hombre, que ya no considera a otro hombre en cuanto hombre. Si en el otro no está operando algo sobrehumano, algo expresamente diabólico o algo expresamente divino, el hombre ya no acata más a otro hombre.

¿Por qué es tan poco eficaz la formación y educación religiosa que imparto? Porque mi arraigo en el mundo sobrenatural es demasiado escaso. Quizás yo sea capaz de hablar brillantemente, pero eso no es lo que actúa creadoramente.

¿Pueden decir, padres y madres de familia, lo que dijo san Pablo de sí mismo: "El justo vivirá por la fe" (Rm 1, 17)? ¿Viven mis hijos fundados en la fe en la divina Providencia? ¿Son hombres auténticos, piadosos, creyentes en la divina Providencia? Si tuviéramos de nuevo más sacerdotes sobrenaturales, piadosos, educadores piadosos, entonces nos resultaría fácil educar una generación piadosa, orientada por lo sobrenatural.

Continuamos citando un extenso texto de la semana de Octubre de 1951, donde el P. Kantenich se refiere a la necesidad de contar con "educadores educados".

Nos detenemos solamente en un punto: unidad y relación orgánica entre autoeducación y heteroeducación. (...)

La actualidad del problema puede ponerse adecuadamente de relieve enumerando con brevemente un par de afirmaciones:

El problema toca el nervio vital de:

- los pedagogos de profesión
- los pastores de profesión
- y sus colaboradores.

¿Qué entendemos por pedagogos de profesión? Podemos comprender la expresión en sentido estricto o en sentido lato.

En sentido estricto, la expresión se refiere a aquellos que, por profesión, son maestros, maestras, educadores y educadoras.

Pero permítanme que advierta lo siguiente: mirándolo bien, los que pertenecemos a la Familia de Schoenstatt, con independencia de la edad que tengamos y del estado de vida al que pertenezcamos, deberíamos llamarnos todos, en un cierto sentido, aunque totalmente justificado, en lo más hondo, educadores de profesión. Coloquen en lugar de la palabra "educadores" o "heteroeducadores" (*Fremderzieher*) la expresión, más corriente para nosotros, de "apóstol", "apostolado": entenderán entonces qué es lo que pretendo decir. Todos debemos ser, a nuestro modo, apóstoles de profesión; o bien hacemos de nuestra profesión un apostolado o bien elegimos el apostolado como profesión.

Me permito pedirles a ustedes, a nuestra Familia de Schoenstatt, a los miembros de la Familia de Schoenstatt, que tomen en serio lo que acabo de decir. Si junto con la Familia en su conjunto comenzamos a experimentar el giro hacia afuera, hacia el apostolado, no debemos perder de vista que todos estamos llamados –en diferentes grados, pero en el verdadero sentido de la palabra– a ser apóstoles, educadores de otras personas.

Pero, para hablar con claridad y evitar hacerlo con supuestos diferentes sin llegar a entendernos, queremos tomar primeramente la expresión "pedagogos de profesión" en el sentido estricto de la palabra. No obstante, lo que decimos vale *mutatis mutandis* acerca de todos nosotros, sobre todo de los miembros de nuestros Institutos y de nuestras Federaciones.

En los círculos pedagógicos, circula una expresión que también nosotros conocemos: “educadores educados”. Éste es el problema del educador. Todo educador, todo heteroeducador, tiene también la tarea de cuidar de ser él mismo educado, de educarse a sí mismo, es más: de trabajar hasta el último aliento en su autoeducación.

El ideal del educador educado ha guiado desde siempre a todos los educadores, pero, actualmente, se encuentra fuertemente amenazado. No deseo mencionar los motivos. ¿O les hablaré de la disposición materialista del tiempo actual, de la disposición secularizada de la humanidad actual? Hay poca religiosidad, poca consciencia de responsabilidad, poco núcleo de la personalidad. Todo lo que hemos dicho en el transcurso de las últimas jornadas sobre el análisis de la vida del alma hay que reiterarlo aquí, y eso nos permitirá comprender cómo, en el círculo de los educadores, está desapareciendo cada vez más el sentido de la autoeducación.

2) Consecuencias de la carencia de autoformación

Continúa el P. Kentenich mostrando las consecuencias que acarrea el no poner en práctica una seria autoformación.

Pero si quieren tener un par de líneas psicológico-metafísicas, se las pongo rápidamente a disposición, pues no son nuevas para nosotros:

Sin autoeducación, el proceso educativo pierde cada vez más su *cuño esencial*, su *anclaje* sobrenatural y la *prosecución de su desarrollo* de forma exenta de peligros. (...)

Primero: ¿En qué consiste el cuño esencial del proceso educativo?

Seguramente lo tenemos claro a partir de lo dicho en el último curso: educar es un acto de engendramiento. Y todo engendramiento presupone vida. ¡La vida se enciende en la vida!

¿No rige esto especialmente en un tiempo en que tenemos que hablar de una **crisis de la palabra**? La palabra ha entrado en una crisis, ya no se cree más en la palabra. Sólo se cree en la palabra encarnada, la que se ha hecho viva, la que se ha hecho carne, *–et Verbo caro factum est–*, la que ha cobrado forma en el educador, [sólo esa palabra] es vida; es vida que brota a borbotones y esa vida puede engendrar nueva vida. Sin autoeducación, ese cuño esencial del educador se acaba con el tiempo. Y si nos preguntamos de dónde proviene que muchas veces tengamos tan poco éxito en nuestras actividades educativas, aquí tienen la respuesta.

Segundo: sin una autoeducación practicada constantemente, si ustedes quieren, en cierto sentido sistemáticamente, el proceso de educación pierde también con el tiempo su carácter sobrenatural.

De lo dicho en los cursos que hemos dictado hace muchos años, sabemos ya [de qué se trata cuando se habla del misterio del respeto y del amor en la educación].

Pensemos, por ejemplo, en el curso sobre pedagogía de la juventud, que ha elaborado los principios generales y fundamentales de la educación. De él nos resultará todavía conocido que la única atmósfera en la que, a la larga, puede darse la educación es la del respeto y el amor. El respeto y amor del educador debe despertar el respeto y amor del educando. (...)

Sabemos que en última instancia el hombre actual sólo se inclina ante poderes del más allá. Los poderes del más acá, las fuerzas puramente humanas, no pueden ya cautivarlo: con demasiada fuerza ha experimentado ya el colapso de todo lo terreno, de todo lo humano. Por tanto, ¿ante quién se inclina, en última instancia, el hombre, también el educando, ante qué se inclinan los seguidores? Ante el hombre orientado hacia el más allá, sea que esté captado por el diablo o por Dios.

¿Entienden qué es lo que quisiera decirles? Si no nos esforzamos por adentrarnos y arraigarnos cada vez más profundamente en el aroma del mundo y de la atmósfera sobrenaturales, no podemos esperar que aquello peculiarmente irracional y sobrenatural que emana del verdadero sacerdote, del verdadero educador, captive también a nuestros seguidores; no podemos esperar tampoco que nuestros seguidores, en nuestra cercanía, estén cada vez más centrados en lo alto y empujen y tiren hacia lo alto, hacia alturas de vértigo.

Y una tercera y última cosa querría destacar brevemente. Sin una autoeducación vigorosa, constante; si ustedes quieren, sistemática, impediremos también la *prosecución ininterrumpida del proceso de educación*. ¿Qué lo impide constantemente?

Alois Fischer, el conocido pedagogo muniqués, habló una vez de la “maldición del carácter de los educadores”. Sospechamos lo que quiere decir. Cada profesión tiene su lado luminoso pero también sus lados sombríos; cada profesión tiene su lado fuerte pero también sus lados débiles.

3) Hacer propio el esfuerzo del educando por alcanzar el ideal

El texto anteriormente citado no necesita mayor explicación. En la jornada pedagógica de 1951, el P. Kentenich agrega otra reflexión al respecto. **Se refiere a la necesidad de que exista en el educador una “igualación” instintiva con el esfuerzo que debe hacer el educando para autoeducarse.**

El educador tiene que ponerse en la misma situación que el educando, y preguntarse cómo es su propia situación respecto de lo que debiera hacer el educando. Si él ha superado la dificultad que debe superar el educando, entonces debe hacer un esfuerzo análogo en algo que a él también le cueste. Esto confiere a su palabra una fuerza creadora o plasmadora de vida, le confiere “autoridad

moral” con su ejemplo, y despierta en el educando la voluntad de superarse y crecer.

De aquí se desprende también una especie de “complicidad” entre el educador y el educando, una unión interior o una “comunidad educativa” en que ambos, educador y educando, luchan por los ideales. De este modo, el educador educado es al mismo tiempo educado por su discípulo. Él también recibe, y mucho, de quienes educa.

El P. Kentenich enfatiza que este asociarse o ponerse en la misma situación que el educando debe comprometer al educador por entero, es decir, no solo su inteligencia y voluntad, sino también su afectividad, sus impulsos instintivos. Es decir, él debe asumir, “desde dentro”, desde lo profundo de su ser, la lucha de los suyos.

Citamos sus palabras:¹¹

En primer lugar, ¿qué se entiende por ejemplo vivo?

Desde el punto de vista de la psicología, la respuesta sólo puede ser la siguiente: **Asociarse instintivamente al esfuerzo que realizan los que nos fueron confiados por alcanzar sus ideales.**

Una definición sencilla, sobria, pero que entraña todo un mundo de verdades, realidades y tareas. Explicaremos cada término.

Esfuerzo por alcanzar el ideal

Esfuerzo por alcanzar los ideales. Lo que exijo de los que me fueron confiados no es tanto haber alcanzado ideales sino más bien esforzarse por ello. Ésa es la exigencia que yo mismo me planteo. Si pretendo esperar hasta que yo encarne el ideal, hasta haberlo logrado, hasta que se haya hecho alma y vida en mí, deberíamos aplazar la educación hasta la visión beatífica. Por otro lado, jamás hay que perder de vista que aún cuando cometemos errores pedagógicos, no debemos desalentarnos y decir: no soy capaz. Si nos esforzamos seriamente, entonces todo estará bien.

Asociarse al esfuerzo por los ideales de los educandos

Los que nos fueron confiados tampoco esperan más de nosotros. Incluso me animaría a decir: ¡Gracias a Dios que cometemos errores! Porque es también una manera de asociarse a los jóvenes. Les enseñaremos cómo se aprovechan los errores pedagógicos para crecer como personas. Que los que nos fueron confiados vean en nosotros, en todo, un ideal vivo, efectivo, fecundo.

Quizás me hagan la siguiente objeción: ¿cómo encarnar esos ideales? ¿Acaso nuestra juventud no tiene un ideal original? ¿Acaso cada persona no tiene un ideal personal? ¿Debo procurar encarnarlos todos en mi persona? La respuesta no es difícil: ¿no subyacen elementos comunes en

¹¹ Texto tomado de la novena charla de la jornada pedagógica de 1951

todos los ideales? La substancia de los ideales, ¿no es la misma en unos y en otros?

Algunos ejemplos

Permítanme ofrecerles algunos ejemplos.

Supongamos que soy educador, director de un colegio, y hay quejas por la indisciplina de los alumnos. Hoy es muy difícil mantener la disciplina cuando los jóvenes entran en la adolescencia, cuando ingresan a esa etapa de efervescencia. Es muy difícil entonces enseñarles disciplina. ¿A qué medios recurrir?

Ponerme a la misma altura que ellos (*"Gleichhaltung"* en alemán). Primero reflexionaré sobre cuánta indisciplina ha echado raíces en mi propio corazón y se traduce en mi vida y conducta. Antes de intervenir, debo trabajar conmigo mismo, recobrar una actitud y conducta disciplinada, austera, enérgica. Recién entonces intervendré como educador. Si no lo hago, mi labor pedagógica no engendrará vida, acabará siendo un mero orador. Exigiré, pero no habrá vida detrás. En ese caso, la labor generadora de vida se imposibilita o bien se dificulta en un grado considerable.

Otro ejemplo. Observo el infantilismo, la inestabilidad de mis educandos en los años de la adolescencia, de la "edad del pavo". En ellos todo está en ebullición. También en el educador pueden cernirse nubes de tormenta: es capaz de descargar rayos y centellas, pero luego pasa la tempestad y vuelve la bonanza. Ésa es también una manera de serenarse y serenar, pero no es ponerse en el lugar de ellos. Más bien debería preguntarme lo siguiente: ¿cuántas cosas infantiles perduran aún en mi corazón, en mi cabeza, en mi fantasía e ilusiones? ¿Qué hacer? Ejercitar firmemente la voluntad, rechazar toda mediocridad en mí. Así, entonces, mi labor de educador generará vida, porque lo que yo les diga estará fundado en la vida: sabré cuán difícil es dominarse a sí mismo.

Cuando tenga ante mí jóvenes rebeldes, procuraré primero vencer la rebelión de mis propios instintos: consciente, clara, humilde y enérgicamente. Recién entonces podré dominar esos instintos en los demás.

Nada más hermoso que ser educador. Quien lo sea realmente, en virtud de su labor se formará a sí mismo más de lo que él mismo forma a otros. **Educación es un mutuo acto de engendrar vida.** He ahí el secreto de la educación, del proceso generador. Si me constituyo en "señor" y considero a los educandos como "vasallos", daré ciertamente clases, pero no estaré educando. Si no estoy abierto a los valores de los que me fueron confiados, ellos tampoco se abrirán a los míos.

Mantengamos como principio, tanto los que somos padres y madres biológicos como los que somos padres y madres espirituales: toda necesidad y defecto de nuestros educandos tiene que pasar por nuestro corazón antes de que demos una respuesta. Esa respuesta tiene que ser

elaborada primero en el corazón, comprometiendo hasta las fibras más hondas de nuestro ser. De ese modo, y de acuerdo con las leyes de crecimiento, iremos madurando para llegar a ser personas llenas de fuerza y de gracia de Dios.

Otro ejemplo. Alguien me cuenta sus crisis. Quizás éstas se ubiquen en el campo moral o religioso. Quizás esa persona no sabe cómo vivir basándose en la fe práctica en la divina Providencia. Naturalmente, gracias a mis estudios yo tengo una cantidad de respuestas que ofrecerle. Basta abrir el manual de dogmática. Pero, ¡ay!, mi interlocutor conoce la respuesta tan bien como yo, o incluso mejor. Dar una respuesta ya hecha y aprendida no significa dar vida. Porque para eso están también los libros. **En mi condición de educador, primero he de librar a fondo la lucha que está librando mi interlocutor.** ¿He abordado con mi corazón todas las necesidades y defectos de mis educandos, las he elaborado a fondo? Que esta actitud se convierta en una segunda naturaleza en nosotros.

Para cultivar tal actitud hará falta tomarse tiempo y, al principio, examinarse sobre cómo vamos cumpliendo con ese propósito. Repito que en la cumbre de nuestra vida y empeño pedagógicos, ese tipo de educación debería haberse convertido para nosotros en una segunda naturaleza. Escuchar y luchar, acoger y elaborar es una misma cosa. Y recién después daremos una respuesta.

Otro ejemplo. Un muchacho tiene dificultades en el área de la sexualidad. Si ustedes, educadores, se dicen: "En este campo no tengo dificultades", reflexionen entonces sobre lo siguiente: ¿Cuáles son mis necesidades y preocupaciones? ¿Cuáles mis dificultades? ¿En qué área radican mis puntos flacos? Mi interlocutor me ha mostrado su punto flaco, ¿cuál es el mío? Mientras escucho y acojo todo esto, en mí opera silenciosa e íntimamente la fuerza formadora y plasmadora.

Si como padres y madres nos formamos de esa manera, seremos educadores de gran talento y podremos decir: "Estamos en camino de asociarnos instintivamente al empeño por los ideales que realizan los que nos han sido confiados". Y así los educandos tomarán en serio nuestra palabra en una época en la cual existe verdaderamente una crisis de la palabra. En efecto, hoy no se toma en serio la palabra hablada. ¿En la palabra de quién continúo confiando hoy? ¿Qué responden a esta pregunta?

Si en mi condición de padre y educador soy y hago lo contrario de lo que exijo a los muchachos, éstos se mofarán de mí a mis espaldas. No se irradiará ninguna fuerza plasmadora de vida de mi persona ni tampoco de mi palabra. El secreto de la educación es el educador educado. El taumaturgo en el campo pedagógico es el que toma en serio lo que sabe y enseña, y lo que exige de otros.

4) Asociarse comprometiendo la dimensión instintiva

Consideremos, continúa el P. Kentenich, el otro término importante: asociarse al empeño por los ideales... **comprometiendo la dimensión instintiva. Porque no basta con una asociación que se agote en el plano intelectual o de las ideas.** Ha de ser una asociación que comprometa también el plano de los instintos. Las meras ideas y palabras son como pompas de jabón: revientan luego de tomar contacto con el aire. A la larga no basta con ponerse a la altura de los nuestros sólo con la fuerza de la voluntad, porque eso no compromete a la persona en su totalidad.

Friedrich Wilhelm Förster relata lo siguiente: una madre pregunta a un docente cómo abordar ciertas dificultades de su hijo. La respuesta fue: "Pregúntese primero usted misma qué actitud tiene ante esas dificultades. Su hijo está viviendo una tensión entre mantenerse firme en su propósito y el progreso económico. Si usted misma insiste a toda costa en el progreso económico y desea concesiones, podrá tratar de convencerlo como quiera, pero su hijo acabará por tirar todo por la borda".

A menudo nos sentimos desvalidos frente a nuestra juventud actual. La respuesta debe ser: "Médico, cúrate a ti mismo". No basta, al menos no a la larga, con limitar al intelecto y a la voluntad mi esfuerzo por alcanzar el ideal de quienes me fueron confiados. Porque también mi subconsciente debe ser captado y colmado por ese empeño.

Dicho con la frase latina (los sacerdotes me entenderán): incluso los *motus primo primi*, las mociones espontáneas de nuestro corazón deben ser captadas y fluir hacia el ideal. Sabemos que no podremos alcanzar la meta en este alto grado. Pero al menos hemos de tenerla en la mira. **¡Depuración del subconsciente!** Debemos estar llenos y colmados por el ideal, por las ideas católicas, hasta en las últimas raíces de nuestro ser; incluso cuando debamos recorrer el vía crucis, y más aún cuando debamos morir por ellas.

Formulado negativamente: superar todo lo primitivo que haya en nuestro corazón, desde las actitudes infantiles ante la vida hasta los arrebatos histéricos. Superar el egocentrismo. El hombre moderno gira continuamente en torno de sí mismo. Hoy no son pocos los hombres y mujeres que padecen de histeria, religiosos y laicos; la diferencia radica sólo en el grado de dicha histeria.

2.1.2. La superación del infantilismo

En el último párrafo del texto recién citado, el P. Kentenich hace alusión al infantilismo. Superarlo es parte de la autoformación que debe llevar a cabo el "educador educado". En primer lugar, muestra la necesidad de esta superación y luego las diversas formas de infantilismo que deben superarse.

1) Necesidad de superar el infantilismo

Por vida infantil entendemos una flagrante desarmonía entre nuestra actitud mental y espiritual ante la vida, por una parte, y nuestra edad, por otra.

Un niño puede comportarse como una persona inmadura. No hablamos entonces de actitud infantil. Pero infantil es, por ejemplo, el hombre que en su madurez tiene un alma pueril.

Existe otra definición de infantilismo: escasa armonía entre el amor al yo y el amor al tú. En este caso, la persona gira continuamente en torno de sí misma en una edad en la que debería estar desasido de sí mismo, en la cual debería descollar en su vida un claro amor al tú y no un enfermo amor al yo.

Existe también una actitud infantil cuando tengo una edad en que la filialidad debiera estar madura, pero ésta ha degenerado en puerilidad e infantilismo. En mi condición de persona madura, debo desarrollar una maternidad o paternidad madura. Pero si esa maternidad o paternidad se ha convertido en un amor blandengue, quiere decir que tengo una actitud primitiva ante la vida.

Existe también una actitud infantil cuando pretendemos recibir en situaciones en las que deberíamos dar; cuando una y otra vez, veladamente, tenemos un secreto anhelo de las caricias de la madre que antaño, en nuestra infancia, nos protegía de los golpes de la vida, y ahora no tenemos el férreo coraje de asumir las durezas de la vida y dejarnos martillar, formar y plasmar por ellas para llegar a ser personas de carácter firme. "Si se enterase tu madre...". Esa actitud quejosa que gira continuamente en torno del yo, que no sabe asumir la vida, es infantilismo. Tengo una actitud infantil cuando me pregunto una y otra vez: ¿qué me dan los demás?, y no ¿qué les doy yo?; ¿me comprenden los demás?, y no ¿comprendo a los demás?; ¿me aman los demás?, y no: ¿los amo yo? (...)

Como educadores, tenemos que esforzarnos por conseguir una identificación instintiva de todo nuestro ser con los anhelos y esfuerzos serios de nuestro discípulos. Debiera darse una santa competencia entre nosotros y nuestros discípulos para ver quién llega más lejos, quién alcanza más rápidamente y con mayor seguridad las más altas cumbres. Pero esta competencia no sólo debiera darse cuando somos jóvenes: tenemos que permanecer interiormente abiertos hasta el fin de nuestra vida; velar, estimularnos unos a otros.

2) Diversos tipos de infantilismo

En la línea de la purificación del inconsciente del educador, el P. Kentenich aborda la necesidad de superar todo rasgo infantilista que pudiera anidar en nuestra alma. Es claro que para el P. Kentenich no basta con que el educador educado se limite a formar su inteligencia y voluntad, la autoeducación del educador debe descender hasta las profundidades de su vida afectiva y subconsciente. De ello depende su fecundidad como educador. Si se trata solo de transmitir conocimientos o exigir un determinado comportamiento a los educandos, especialmente hoy en día, no se lograrán muchos frutos.

Sus palabras son esclarecedoras y exigentes:

¡Identificación de todo nuestro ser con los anhelos y esfuerzos serios de nuestros discípulos! Los discípulos pueden ser los feligreses de mi parroquia, mis alumnos en el colegio donde enseñé, los miembros de una asociación a la cual pertenezco o cualesquiera otros.

La identificación de todo nuestro ser con los anhelos y esfuerzos de nuestros discípulos por alcanzar sus metas ideales supone, antes que nada, la superación de las actitudes infantiles de cualquier clase ante la vida.

Existe, en efecto,

- una actitud infantil ante el cuerpo,
- ante el espíritu,
- y ante la religión.

Actitud infantil ante al cuerpo

Esta actitud se manifiesta en la debilidad del cuerpo. Debo tratar mi cuerpo según la gran ley: *ordo essendi est ordo agendi*. Mi cuerpo tiene que estar sano. Para mantener la salud he de tratar a mi cuerpo con austeridad, de modo que tenga capacidad de resistencia y rendimiento. Hoy se pretende aumentar la resistencia del cuerpo mediante fármacos. Antaño se solía meditar en el infierno para aprender a ser austeros en el trato consigo mismo, para darle resistencia al cuerpo.

Si bien en los años de guerra y posguerra debieron hacerse muchos sacrificios, soportar tantas cosas, estamos en vías de convertirnos en una generación blandengue. ¿No deberíamos mantener el principio de austeridad en el trato con el cuerpo? ¿Y en caso de duda elegir lo más austero? ¿Acaso no vivimos en una época de adicciones? Se comprende fácilmente porqué. La realidad sobrenatural se nos ha hecho más y más extraña. En estos últimos años la naturaleza tuvo que privarse de muchas cosas; ahora busca compensaciones y las encuentra en las adicciones: beber, fumar, cine, radio...

Todos corremos hoy el gran peligro de caer en un cierto grado de adicción. En el fondo, es una actitud infantil ante la vida. Venceremos esta actitud en la medida en que hagamos del cuerpo un instrumento del alma. El cuerpo debe ser dócil y servir al alma. Eso entraña, por un lado, una cierta severidad para con él y, por otro, un amor respetuoso.

Hay que educar al cuerpo para que sea capaz de realizar cabalmente una labor profesional. Para lograrlo es necesario vencer la actitud infantil hacia el cuerpo.

Por último, el cuerpo lleva dentro de sí el germen de la transfiguración¹². Por eso, lo educaré de modo que algún día pueda participar de un estado

¹² Cf 1Co 15,42 ss.

de transfiguración similar al de Jesús y de María. ¡Con cuánto respeto trataré entonces a mi cuerpo!

La superación de la actitud infantil ante la vida es un programa esencial para todo educador autoeducado. Los ejercicios que con este fin realice en esta área, debo colocarlo en mi "mochila" de pastor.

Una actitud espiritual infantil

Existe asimismo una actitud infantil ante la vida espiritual. Cuanto más avance en madurez espiritual, tanto más signado por lo espiritual estará mi pensamiento, tanto más cálido será mi corazón. ¿No me dejo vencer fácilmente por el cansancio, la fatiga? ¿Soy aún capaz de estudiar con tesón?

Una característica del tiempo presente es no poder aplicar a la vida práctica lo que se ha comprendido teóricamente. El hombre actual ya no es capaz de formarse una opinión, de decidir por sí mismo, de entender cabalmente una determinada situación, de ser prudente, de tener la valentía de dar, en alas del Espíritu Santo, "saltos mortales" al mundo sobrenatural.

Una actitud infantil ante la vida espiritual... Por ese camino nos precipitamos en el mundo del colectivismo, del hombre-masa. Así sucedía en el campo de concentración: en cuanto alguien se destacaba de la masa era eliminado. No había que llamar la atención; había que disolverse en la masa, seguir el ritmo de la masa. **Primero tengo que superar en mí mismo la actitud infantil ante la vida; recién entonces podré educar a otros en ese sentido.**

Actitud infantil en el campo religioso

El P. Kentenich no se expresa mayormente en esta jornada sobre la actitud infantil en el campo religioso. Alude a ello solo en la frase citada en el párrafo anterior:

Tener la valentía de dar, en alas del Espíritu Santo, "saltos mortales" al mundo sobrenatural.

A menudo esto se refiere a la necesidad de dar saltos de fe para la inteligencia, la voluntad y el corazón. El carácter de riesgo que entraña la vida de la fe supone superar una fe burguesa y débil. Humanamente, creer entraña un riesgo, y más todavía conformar la vida según la fe. Vivir en el clarooscuro de la fe, sobre todo de la fe en la divina providencia, exige una fe madura que a veces sabe pasar por abismos y transitar caminos que las fuerzas humanas no podrían lograr.

A continuación trataremos del educador como un instrumento del Señor, que actúa en nombre suyo. Esto nos mostrará hasta qué punto el saberse y actuar como instrumentos del Buen Pastor, que da su vida por sus ovejas, requiere una fe madura que haya captado por entero nuestro ser. Este

ejemplo de fe vivida es decisivo en la educación de la fe de quienes se tiene a cargo como educador.

3. La paternidad/maternidad sacerdotal

Después de habernos referido al “educador educado”, como primera nota distintiva del educador, profundizamos lo medular que hay en su alma: la paternidad/maternidad.

En su jornada pedagógica de 1931, el P. Kentenich se refiere a lo que denomina la “línea” en el educador, y la “táctica”. Cuando se refiere a la línea en el educador, habla de la maternidad de la educadora (se trataba de una jornada para profesoras). Explica que lo mismo vale tanto para el educador masculino como para la educadora. Señala que el ethos del educador es la paternidad y la maternidad, ya que ello corresponde a su tarea básica, es decir, al hecho de estar llamados a engendrar vida.

Habla de una paternidad y maternidad “sacerdotal” en un doble sentido: en cuanto el educador se basa en realidades trascendentes, en principios metafísicos, y, por otra parte, en cuanto su ser debe estar arraigado en el “más allá”, es decir, en la realidad del mundo sobrenatural.

El profesor Goldbeck, explica, habló en Berlín sobre este mismo asunto, sobre la psicología del dirigente. Él no es católico pero en su formulación: "La esencia del verdadero liderazgo radica en la paternidad sacerdotal", resume los logros, la sabiduría y la práctica de toda una vida.

No me propongo ahora exponer en detalle lo que se entiende por "paternidad sacerdotal" sino transferir enseguida esta idea a nuestro liderazgo femenino.

A la luz de esa idea, ¿cuál debería ser la esencia del auténtico liderazgo femenino? O dicho en general: ¿cuál sería la esencia de una auténtica y verdadera educadora? Porque ser educadora es ser dirigente. Finalmente, deberíamos decir entonces que por una parte tenemos la maternidad sacerdotal y por otra la paternidad sacerdotal.

Adviertan, pues, que el concepto "*sacerdotal*" no se debe entender en el sentido de "sacerdocio ministerial". Pero, ¿qué quiere decir el profesor Goldbeck con ese término? Quiere decir que el jefe verdadero y auténtico debe surgir de un mundo basado y fundamentado metafísicamente. El verdadero y auténtico educador debe estar afirmado sobre roca. Esto no significa que ese fundamento sea ante todo la religión. Sea como fuere, el auténtico jefe tiene que estar arraigado en verdades primordiales, metafísicas.

El P. Kentenich se detiene en su exposición a analizar, desde un punto de vista psicológico, la necesidad de cobijamiento afectivo que existe en la juventud y, en general, en todas las personas, especialmente en el tiempo actual en que reina el

desarraigo y descubrimiento existencial. El educador paternal y la educadora maternal deben dar respuesta a este anhelo, asumiendo un auténtico papel de padre y madre para con los educandos. Debe ofrecer cobijamiento, seguridad, fruto de una actitud de profundo “amor pedagógico”. Esto genera en los educandos una respuesta de amor filial, dándose de esta forma una estrecha relación de amor y respeto mutuo. Engendrar vida requiere esta relación. Recordemos cómo define el P. Kentenich la educación: como un proceso de engendramiento que requiere un estrecho vínculo, porque se da a partir de un “principio conjunto”. Recordamos igualmente la definición que repite una y otra vez: educar consiste en “mantener un vínculo vivo” entre el educador y el educando.

¿Saben qué es lo que impulsa y liga profundamente a una persona (cualquiera sea su sexo) a un determinado educador? No es la docilidad servil, en absoluto. Esa opinión sería falsa desde el punto de vista psicológico. Se trata más bien de la necesidad de cobijamiento. Esta necesidad se da tanto en el niño como en la niña, y también en el adulto de ambos sexos. En todo hombre existe una necesidad de cobijamiento extraordinariamente fuerte. (...)

Hay que admitir que en la actualidad existe una gran cantidad de jóvenes que jamás han satisfecho su necesidad de cobijamiento, que nunca pudieron satisfacerla en el marco de una vida familiar normal. Solemos expresar esta realidad con otras palabras: actualmente hay una multitud de muchachas (por ahora dejemos de lado al otro sexo) que nunca fueron niñas en el sentido más profundo y verdadero de la palabra. Esto significa, en la práctica, que su necesidad de cobijamiento no se ha satisfecho plenamente.

(...) El ser humano tiende instintivamente hacia un apoyo firme, hacia otra persona que sea fuerte como la roca y, al mismo tiempo, bondadosa y flexible. Sólo una persona así puede suplir la necesidad de cobijamiento del ser humano y establecer lazos y vínculos; sólo una persona en quien existan ambas cosas: por una parte esa fortaleza sacerdotal fundamentada en el más allá y, por otra, el esfuerzo por ser al mismo tiempo paternal y maternal.

Según la ley de la transferencia,¹³ la necesidad de cobijamiento se traslada de los padres carnales y se transfiere a los padres espirituales, al padre o a la madre espiritual. Aplicado a nosotros: **se transfiere a mí, como madre sacerdotal de los que me fueron confiados.**

Fíjense, éste es el liderazgo más auténtico. No es posible realizar una educación que cale en lo profundo cuando no existe esa vinculación interior, cuando ella es sólo exterior. Si no logramos esa vinculación no podemos pensar en una educación verdadera.

¹³ Aquí el P. Kentenich hace referencia a la “ley de la transferencia y traspaso orgánico”, a las cuales nos referiremos especialmente cuando toquemos el tema de la pedagogía de vinculaciones.

Tengan en cuenta que esto vale en todas partes donde nos hallemos trabajando como educadoras. **Donde no exista esa vinculación interior no debemos esperar éxito pedagógico alguno.** Lograremos que el educando realice ciertos gestos, cierta mímica, pero no existirá una verdadera educación. Porque sólo se consigue una verdadera educación en la medida en que se produzca esa vinculación interior. No se trata aquí de cosas que se puedan medir ni establecer mediante artículos de ley, ni inculcar mecánicamente. No; se trata de fibras muy misteriosas que se unen y enlazan entre sí.

De ello se deduce también que si queremos trabajar como verdaderas educadoras, como dirigentes, debemos estar bien firmes, ser personalidades sólidas. De otro modo la necesidad de cobijamiento del educando no encontrará un asidero en nosotras. Si yo misma soy una muñeca de trapo, una marioneta, entonces aunque exteriormente haga marchar a los educandos al compás del látigo, no lograré educar verdaderamente su interior.

Todo esto se puede explicar detalladamente desde el punto de vista psicológico. Naturalmente, hay que conocer la vida real. Quizás ustedes digan: "¡Qué terriblemente difícil es ser educadora!" Sí, es difícil. Ser educadora significa mantenerse disciplinada; y ser dirigente, trabajar continuamente en uno mismo. Mientras educo a otros debo ejercitar la autoeducación. Si no lo hago, fracasaré, nunca veré con claridad cuál es mi tarea ni la podré cumplir con seguridad y constancia.

En la visión pedagógica del P. Kentenich, ser educador equivale, por lo tanto, a ser padre o madre espiritual.

En la misma conferencia que citamos, el P. Kentenich alude a una situación que a nuestro juicio tiene carácter autobiográfico. Dice así:

Por favor, mediten y examinen ustedes mismas lo expuesto. Reflexionen si en su vida han tenido alguna vez la suerte de estar vinculados interiormente a un educador de manera sana. La mayoría deberá admitir: "¡No!" Entonces habrá que decirse: "Con mayor razón tengo que educar a los demás de modo que yo pueda ser para ellos lo que yo no he tenido".

No se lamenten diciendo: "¡Dios mío! estoy tan enfermo porque no he tenido esa vinculación." Puede ser, pero no debemos echarle la culpa a Dios. Quizás pasó así para que yo experimentase más cuán necesario es ser para los míos lo que yo no he tenido. De este modo nos vamos educando y Dios nos va educando para que algún día llegemos a ser una gran personalidad educadora.

Ésta fue literalmente la situación que vivió el P. Kentenich a raíz de su historia personal. Su actitud clara y decidida, expresada en el Acta de Prefundación antes citada, da testimonio de ello.

Continuamos citando esta importante exposición. El P. Kentenich describe con mayor detalle esta relación mutua entre el educador y el educando, entre el padre o madre y el hijo o la hija:

¿Saben por qué hay que ser tan cuidadoso en este punto? Quizás deba calar más hondamente en la vida práctica. La relación del educando con sus padres "espirituales" puede ser definida por último como una relación filial (quizás esta terminología les resulte un poco desconocida). Pues bien, esta relación filial extraordinariamente sutil tiene una gran ventaja que nada puede reemplazar. Estoy hablando desde un punto de vista puramente psicológico; por ahora dejo de lado lo sobrenatural. ¿En qué consiste esa doble e insustituible ventaja? Permítanme emplear aquí la palabra "niño" o "educando".

El niño o educando que alguna vez ha experimentado realmente el principio parental, ve todo el mundo a través de la persona del educador. Mediante la personalidad del educador aprehende una cosmovisión global.

¡No subestimen esta realidad! Les aseguro que si ustedes como educadores se han convertido realmente en las madres espirituales de sus educandos, los preservarán de un sinnúmero de problemas de fe y otras crisis morales. Pues todos esos problemas se solucionan en el niño a través de nuestra personalidad.

No piensen que esa relación entraña algo, por decirlo así, erótico o sexual. De ninguna manera. Es lo más sano que puede haber, y lo único capaz de sanar la naturaleza de la joven. De esto pueden inferir que cuanto menos se experimente en la vida esa relación filial tanto menos naturalezas sanas habrá. Naturalmente, no hay que olvidar que cuando la persona está finamente vinculada, y vinculada con Dios, esa relación filial trae aparejada una gran cuota de dolor. En efecto, esa relación entraña un gran dolor, especialmente cuando se trata de naturalezas religiosas. Cuando surge el temor de que la relación se haya empañado, entonces se piensa: "El Padre celestial ya no me quiere más" o bien "la Santísima Virgen ya no me demuestra su amor". Se trata de realidades tan sutiles que quien no las ha estudiado y vivido no se puede imaginar cuan profundas son.

Fíjense que ese paso desde los padres espirituales a lo sobrenatural es muy importante. Por eso en la educación debemos procurar que alguna vez se produzca esa vinculación espiritual tan fina e íntima.

La crisis interior estalla con frecuencia cuando se advierte que en esa relación hay algo que no está en orden, cuando hay lazos que no están aún correctamente anudados. Entonces el educando, especialmente la joven, se siente tremendamente infeliz. Y eso habla de salud; es señal de una psicología muy sana.

Naturalmente, luego surge el temor: "¡Cuidado!, ahora llega la etapa del desprendimiento" (ley del traspaso orgánico). En este punto les digo que por favor jamás apliquen ustedes mismas la ley del desprendimiento.

El educando se siente siempre cobijado en la persona del educador. Más aún, si me permiten apuntar a lo esencial, el discípulo se sentirá cobijado en su maestro durante toda su vida. Para él se han aclarado todos los enigmas, aún frente a la muerte. El educando se siente cobijado en el educador también más allá de la muerte del mismo.

Les repito que sean cautelosos con el proceso de desprendimiento. Si no tenemos claridad en esta área, ¡cuántas cosas arruinaremos!

Quizás deba decirles ahora, desde un punto de vista puramente psicológico, cómo un educador puede ser madre o padre espiritual de un sinnúmero de hijos espirituales. Es un gran error pensar que la filialidad y la paternidad espirituales exigen muchísimo tiempo, estar mucho tiempo juntos. Es una idea equivocada.

Por cierto, hay épocas en las que es necesario estar juntos. En primer lugar, para que puedan anudarse esos finísimos y muy íntimos lazos espirituales. Pero a todos les llega el momento en que esa necesidad de la compañía física desaparece totalmente. Entonces nos sentimos cobijados como niños en la convicción: "Yo he experimentado alguna vez en mi persona el principio parental".

Puede ser que una persona no cultive durante años ningún contacto con su madre o su padre y sin embargo perciba y experimente el cobijamiento y la filialidad espiritual hasta que, más adelante en su vida, restablezca los lazos rotos con sus padres biológicos o de alguna manera vuelva a tener la experiencia del padre y de la madre. ¡Cuántos hay que sólo raras veces estuvieron vinculados a sus padres! Y, sin embargo, se han sentido muy cobijados en sus padres carnales, y a través de ellos han apprehendido una imagen del mundo clara, nítida y esclarecida.

No sé si estoy exponiendo estos puntos con claridad. **Se trata de cosas de capital importancia.** Ustedes advierten que nuestro curso pedagógico sobre los principios generales no quiere ocuparse de sabe Dios cuántas nimiedades. **Nuestra jornada apunta a lo primordial. Tenemos que lograr una actitud fundamental en toda la línea. Y la actitud fundamental esencial es para todo educador o educadora (digámoslo empleando la formulación moderna): maternidad o paternidad sacerdotal.**

He aquí entonces la actitud fundamental de la maternidad en medio del conflicto actual. ¿Cuáles son las fuentes de las que podemos sacar provecho? Las jornadas de Marburgo y Berlín. Naturalmente, les repito que lo dicho se basa en el estudio del liderazgo masculino. Pero su formulación vale también, en su sentido más cabal, para nuestro liderazgo femenino frente a nuestros hijos espirituales. (...)

Nuestra juventud de hoy vuelve a inclinarse hacia las vinculaciones y no tanto hacia inestabilidad. ¿Qué significa esto? **Si no fijamos de manera muy clara y clásica nuestra propia posición, si no destacamos el sentido verdadero y primordial de la paternidad y la maternidad**

sacerdotales, entonces en nuestros lugares de trabajo estaremos educando hombres masa. Y esto es lo peor que podemos hacer hoy.

La paternidad y la maternidad espiritual son el sello propio de todo educador, según el P. Kentenich. Como se dijo, ambas actitudes se basan en el hecho de que el educador está llamado esencialmente a dar vida, a fomentar y conducir la vida, y esto lo hace como varón, es decir, con una modalidad masculina, o lo hace como mujer, es decir, con la modalidad típicamente femenina.

Ambas modalidades deben complementarse de forma que el educador paternal haya asumido en su ser y actuar los rasgos esenciales de la maternidad y viceversa.

Lo esencial es que el educador sea capaz de dar amor, de darlo “pedagógicamente”, es decir, dar un amor personal, cálido y cercano, que despierte como respuesta un amor instintivo filial, espiritual y sobrenatural. De este modo se genera una comunidad o profunda relación paterno/materna de parte del educador, y filial de parte del educando. Esa comunidad de amor es la clave de la educación en la perspectiva kentenijiana.

Explica en P. Kentenich en una carta del 18 de noviembre de 1951:

Las confusas circunstancias que se viven en la familia hacen que eso suceda (disolución de los vínculos familiares). Con ello crece también la necesidad de un auténtico y noble amor *pedagógico*. Ese amor tiene un marcado carácter *instrumental*, es decir, no se orienta por necesidades y deseos personales sino por el objeto y la función que se tiene; por eso es *universal*: abarca a todos los individuos y todas las necesidades, como lo hacen el maestro o la maestra de oficio, que las utilizan como “paso” de la fuerza creadora de su propio amor; ese amor es *fuerte y está alegremente dispuesto al sacrificio*, porque no quiere nada para sí: ni el propio desarrollo ni el propio enriquecimiento; ese amor es *fiel* como el amor del profesor, a cuya disposición se pone; por la misma razón, es *eterno y consciente de su responsabilidad*: sabe despertar, cultivar, enaltecer y reprender; ese amor es *humilde* en el éxito, lleno de *optimismo* en el fracaso; nunca pierde la confianza y la certidumbre porque nunca actúa solo sino que une siempre su propia impotencia con la omnipotencia divina.

Cuando rezo por milagros de transformación para nuestras Hermanas, en especial para las superiores, ése es el contenido de mi oración... Cuando me esfuerzo por la gracia del cobijamiento para ellas, anhelo para la generación mayor y la generación intermedia ese profundo estar-en-casa en el corazón del Dios viviente, que es Dios Padre, y de la Santísima Virgen. Y para la generación joven, el ser asumida en el corazón de las superiores a fin de avanzar a través de él más rápidamente hacia el Eterno Padre.

En esta línea, a menudo el P. Kentenich cita el ejemplo de san Juan Bosco:

“Mi pedagogía es hija del amor” (afirma san Juan Bosco). Por eso solía dar el siguiente consejo: “Si quieres que te obedezcan, haz que te amen.

¿Queréis que os amen? Pues entonces tenéis que amar. Y eso solo no basta, debéis dar un paso más allá: no sólo debéis amar a vuestros alumnos, ellos deben darse cuenta. ¿Cómo sucederá aquello? Preguntad a vuestro corazón, que él lo sabe”.

La no observancia de la función fundamental que tienen las grandes personalidades educadoras ha tenido un alto precio... Con ella habremos evitado momentáneamente el peligro que se da con la vinculación personal, con el encuentro entre persona y persona; pero, a cambio de ello, habremos recibido crispación anímica, desarraigo y, no raras veces, a la larga, una gran incitación a la más baja sensualidad. Todos los sectores de la población podrían entonar una lamentación al respecto. (Informe de Norteamérica II)

Esta comunidad paterno/filial o materno/filial posee un fuerte sello transformador y actúa según lo que el P. Kentenich denomina “leyes de la transferencia y traspaso orgánico”.

Dios “transfiere” al educador cualidades que son suyas (amor, sabiduría, fortaleza, etc.), y el educando, a su vez, transfiere al educador el amor y el afecto filial, la docilidad, etc., que le debe en definitiva a Dios. En este plano, el educador debe concebirse a sí mismo como un puente, como un instrumento.

Existe el peligro de que el educador, al recibir amor filial como respuesta del educando, lo “acapare” para él, como si él fuese la meta del proceso. Es decir, deja de visualizarse a sí mismo como instrumento y puente hacia Dios y se hace “dueño” del amor filial del educando en forma egoísta. Deja, por eso, de ejercer la tarea de educar como un servicio abnegado o desinteresado a la vida ajena.

De ahí la necesidad de que el educador transfiera ese afecto filial que se le entrega. Como educador, su tarea es que el educando encuentre su nido en el corazón de Dios. Por eso el P. Kentenich destaca la segunda ley del amor pedagógico: **la ley del traspaso orgánico**. El educador debe dar paso orgánicamente – no en forma mecánica–, es decir, dejar y animar al educando a que ame a otras personas, a que no se quede centrado en él, a que se integre a la comunidad y, en definitiva, a que encuentre su nido en Dios. Su amor filial, humano, cálido y sobrenatural, debe desembocar en Dios Padre.

Todo sistema educativo y toda espiritualidad tienen lados débiles, también la espiritualidad y pedagogía kentenijiana. Lo importante es que no por el hecho de que el cultivo de esta relación recíproca de amor paterno/filial pueda desviarse, se vuelva a una educación impersonal, formalista y moralista. El P. Kentenich muestra esto con claridad y precave de los peligros que entraña esta forma de educar.

3. La actitud fundamental del educador: respeto y amor

3.1. La educación para el respeto

El “educador educado” que posee autoridad moral fruto de una seria autoformación, que tiene una personalidad sólida, ofrece al educando un gran cobijamiento, seguridad y cercanía paterna/materna. El educador, afirma el P. Kentenich, “es alguien que ama y nunca deja de amar”; que engendra espiritualmente por amor y en el amor. Ahonda esta perspectiva señalando cómo la paternidad/maternidad del educador se debe ejercer en un ambiente de profundo respeto. Se trata de un amor respetuoso y enaltecedor, que genera como respuesta en el educando amor y respeto filial. Éste es el aroma, la atmósfera que envuelve la relación educador-educando.

En la jornada de 1931, el P. Kentenich señala que hoy es especialmente importante destacar el respeto, por eso profundiza especialmente esta actitud, esencialmente unida al “amor pedagógico”¹⁴. No existe servicio a la vida sin una actitud de respeto y tampoco se puede establecer un vínculo de confianza mutuo si no promedia el respeto. Un respeto que genera, como respuesta, el respeto del educando. Citamos algunos pasajes de la décima conferencia esta jornada.

Donde existe respeto y amor en el educador, se genera también en el educando, como respuesta, respeto y amor. Donde se dan ambas actitudes fundamentales, se pueden realizar cosas que antes parecían imposibles. Cuando el respeto y el amor del educador reciben como respuesta el respeto y el amor del educando, se crea entre ambos una relación extraordinariamente delicada. Tal vez debiera agregar: todo tipo de educación, tanto las del niño pequeño como la del adulto, siempre supone esta doble actitud: respeto y amor. Es posible que a veces uno de estos aspectos se acentúe más que el otro; que alguna vez el respeto y otra vez el amor pase al primer plano; sin embargo, siempre deben darse ambos. También ante el niño pequeño, ante el bebé en la cuna: no sólo amor, también respeto; y no cualquier tipo de respeto; el niño merece el más grande de los respetos. (...)

Los psicólogos han hecho la siguiente observación: muchas personas arrastran inhibiciones a lo largo de su vida porque no fueron valorados suficientemente cuando niños pequeños. No son conscientes de una desvalorización de sí mismos: instintivamente se sienten poca cosa porque no tuvieron la oportunidad de dar y recibir lo que todo niño en esa edad debe dar y recibir: caricias maternas y filiales. Los padres deben regalar al niño esas caricias que son a la vez muestras de amor y expresiones de respeto.

Con esto no pretendemos insinuar que los padres deban mimar constantemente a sus hijos, o, como se dice comúnmente, “comérselos a besos”. Eso sería señal de un amor que no está animado por el respeto. Siempre deben darse el respeto y el amor: también en la edad que ahora nos ocupa, la adolescencia. Debemos tratar al adolescente con respeto y con amor. Y si como respuesta recibimos ambos afectos, la educación está

¹⁴ Cuando tratemos de la pedagogía de vinculaciones, volveremos a tocar con más detalle este tema y allí también nos explayaremos sobre el amor pedagógico.

asegurada; entonces podremos lograr algo grande y profundo en nuestros niños. (...)

En este contexto, nos haremos dos preguntas y buscaremos responderlas en líneas generales:

- a. ¿Cómo me educó yo mismo en el respeto por el adolescente?
- b. ¿Cómo educó al adolescente en sus años difíciles para que se respete a sí mismo?

Espero que ustedes queden contentos con la respuesta que les daré.

No piensen que dictaré “recetas” para educar en el respeto. Con ello no lograríamos el objetivo. Si lo hacemos a propósito, ningún joven de buenos sentimientos llegará jamás a tener respeto por nosotros.

3.2. Cómo educar en uno mismo la actitud de respeto

Es interesante constatar que el P. Kentenich, antes de referirse a cómo el educador debe educar a los suyos para que reine en ellos una actitud de respeto, se refiere en cambio primeramente al educador mismo: él debe antes que nada educarse y cultivar en su ser y su trato una actitud de profundo respeto ante cada uno de sus educandos.

Por lo tanto, primero nos preguntamos: ¿cómo me educó yo mismo en el respeto por la joven?

Inmediatamente debemos ampliar el horizonte. Lo que ahora voy a dar como respuesta se aplica también respecto a las personas adultas con las cuales trato. Se aplica también y debe aplicarse, ante el niño pequeño. Daré una triple respuesta, pero se trata de un complejo de respuestas que tienen por objeto desarrollar una actitud interior.

- **En primer lugar**, en mi interior siempre debo estar consciente del verdadero sentido de la educación.

¿Qué significa educar? Significa servir desinteresadamente la vida ajena. Este es el arte de las artes: educar, formar y conformar al hombre y el alma humana.

¿Cuál es el sentido profundo de la educación? No podemos decir con Goethe en su Prometeo: “Aquí estoy y hago hombres según mi imagen”. De ningún modo. Yo no soy la meta de la educación. El ideal de la educación es éste: aquí estoy y formo hombres según tu imagen.

Cada vida humana encarna una idea de Dios. Dios quiere realizar un pensamiento suyo en cada individuo. Y mi tarea, como educador, consiste en ayudar a descubrir ese pensamiento de Dios y entregar mis fuerzas para que ese pensamiento de Dios se encarne y se realice en el tú.

¿Comprenden lo que quiero decir? Mientras más me compenetre interiormente del verdadero sentido de la educación, tanto más profundo será mi respeto.

- En segundo lugar, con el tiempo, **la actitud interior de respeto debe expresarse en actos concretos: en un trato respetuoso.**

Debo tener respeto:

- **ante cada persona;**
- **ante cada destino humano;**
- **ante cada originalidad y facultad de la persona.**

Lo primero es, entonces, un respeto práctico y táctico **ante cada persona.** ¡Aunque ésta fuera un estropajo humano! ¡Aunque fuera una persona espiritual y corporalmente enferma como ninguna otra! ¡Respeto ante toda persona humana!

Segundo, respeto **ante cada destino humano.** ¡Aunque tenga ante mí un destino humano que pasa por una oscura noche o que esté cargado por una pesada culpa! ¡Respeto ante cada destino humano! Yo no sé cuál fue la cuna de esta persona; no sé las taras hereditarias que arrastra esta pobre criatura.

Si somos sinceros y aunque un poco objetivos y verídicos interiormente, entonces nos diremos: ¿Qué hubiese sido de mí si yo hubiese estado en esa situación, si hubiese tenido esa historia? Por eso, respeto ante todo destino humano.

Y, en tercer lugar, también respeto **ante cada facultad de la persona.** La verdadera maternidad (paternidad) no se pone al centro. No brusca crecer ella misma. Cuando hay una verdadera maternidad todo en ella impulsa interiormente a ayudar a que se desarrollen las facultades que Dios ha puesto en el tú, aunque más tarde éste nos sobrepase.

Verdaderamente, no existe satisfacción más grande en la educación que poder constatar que: “aquellas personas que eduqué están ahora por encima de mí. **Yo he llegado a ser innecesario**”.

No tomen estas ideas simplemente como frases bonitas. Deben captarlas más bien en todo su profundo significado y saber orientarse por ellas. Por eso debemos ser muy cuidadosos si nos toca decidir sobre el destino de una persona. Cuando, por ejemplo, estamos en una comunidad religiosa, no debemos decir: “Aquí hay un hueco, alguien debe tapanlo”; “aquí nuevamente hay otro hueco, que venga otra persona y lo cubra”. ¡Con cuánta frecuencia se hacen estas cosas, y luego se habla de un trato personal! ¡Cuánta desdicha y cuánta desgracia se genera de este modo! No deben decir: “La santa obediencia lo exige así”. Por cierto, la santa obediencia exige que nosotros nos dispongamos interiormente a la obediencia; pero también exige que el superior sea una persona razonable, que no abuse de su poder. Si otras personas nos han entregado su

voluntad, entonces tenemos el santo deber de valorar toda cualidad que existe en ellas. Por eso, ¡respeto ante cada facultad!

Naturalmente, también debemos aplicar estos pensamientos a la relación de unos con otros. ¡Cuán a menudo tenemos que constatar que en círculos católicos no se valora suficientemente la originalidad de cada persona! (...)

Se requiere un cuidado lleno de amor, lo cual supone, en todo caso, un gran desprendimiento de nuestro propio yo. No debemos girar en torno a nosotros mismos, sino en torno a Dios y al bien de aquellos que el Padre Dios nos ha confiado, regalado o puesto en nuestro camino.

Este sería un segundo medio para educarnos en el respeto.

- En tercer lugar, tenemos que **precavernos del enemigo mortal del verdadero respeto**. ¿Saben cuál es? **Es el cliché**.

Por favor, no introduzcamos ningún cliché en la educación.

Santo Tomas, en la Edad Media, formuló la siguiente sentencia: “Los prelados no deben hacer demasiadas leyes”. ¡No queramos normar todas las cosas! ¡No apliquemos el molde! Porque donde rige el cliché, matamos la originalidad. **El cliché significa la muerte de la individualidad y del verdadero respeto**.

¿Pienso, acaso, que no debemos inscribir en nuestro escudo nuestra firme fidelidad a la ley? Es evidente que donde hay una comunidad, o donde simplemente coexisten hombres, allí deben existir leyes. Pero tienen que ser pocas. Sin embargo, éstas deben ponerse en práctica con estrictez draconiana. Es lo espera todo hombre noble. Pero el cliché es algo enteramente distinto.

El cliché significa someter a una constante tensión, tensión que se ve reforzada con nuevas leyes, tal como sucedía en el tiempo de Cristo con las normas de la tradición. Se explicaba el carácter de una ley, y esta aclaración adquiriría nuevamente el carácter de la ley. Y esta aclaración nuevamente se explicaba, lo cual recibía otra vez carácter de ley. Así se continuaba hasta que se creaba un inmenso dique de leyes y de leyecitas, de tal modo que apenas se podía respirar.

3.2. Cómo educar la actitud de respeto en el educando

Supuesto lo anterior, se han dado las bases para que los educandos respondan al respeto con respeto. Continúa el P. Kentenich su exposición:

Volvamos ahora a la segunda pregunta, que exteriormente al menos, pareciera ser la más importante: ¿Cómo educamos a las personas que nos han sido confiadas en el respeto ante nosotros? ¿Cómo logro educar justamente a los que pasan por la adolescencia?

También aquí daremos tres respuestas.

- **Encarnar el ideal del educando**

En primer lugar, lo lograremos en la medida en que yo mismo encarno el ideal de la persona que debo educar.

Se trata aquí de una actitud fundamental y no de una pequeña y astuta "receta". Si encarno en lo esencial el ideal del joven, entonces podré constatar hasta qué punto ha asimilado (el ideal) del respeto.

Por lo demás, no tienen que tomar a mal si alguna vez un joven hace algo que no corresponde frente a ustedes. Es propio de su vitalidad. Por ello no seamos demasiado susceptibles. Lo mismo vale, por lo demás, cuando tenemos que tratar con hombres maduros. En la medida en que yo me esfuerzo sinceramente por encarnar el ideal del otro, en esa medida educo para que se me respete. Si no lo hago, entonces, no puedo imaginarme cómo se podría llegar a establecer ese delicado vínculo que une y ata cada vez con mayor profundidad al educador y al educando.

- **Tener fe en lo bueno del otro**

En segundo lugar, y esto es algo enteramente esencial, **a toda costa debemos mantener la fe en lo bueno que hay en el joven**. O, aplicándolo en general, mantener la fe en lo bueno que hay en cada persona (...)

- **a pesar de los múltiples desengaños que hayamos sufrido;**
- **a pesar de sus muchos errores**
- **a pesar de las continuas luchas de que somos testigos en nuestros niños.**

No debe existir nada que me quite la fe en lo bueno que hay en el hombre. ¿En qué se basa esto? La dogmática nos enseña que la naturaleza humana, a pesar de que se ha debilitado a causa del pecado original, no se ha corrompido. Existen aún muchas cosas buenas en el hombre. Por eso, si confiamos en la bondad del ser humano, lo hacemos sinceramente y con objetividad. Agreguemos a esto que la mayoría de las veces tratamos con jóvenes y con niños que han recibido la vida divina por el bautismo. Éste es un motivo más para nunca perder la fe en lo bueno que hay en el hombre. (...)

Y si digo que queremos guardar la fe en lo bueno de la persona, lo afirmo a pesar de todos los desengaños que ésta nos haya ocasionado. Quizás ustedes mismos lo saben por propia experiencia: si alguien nos ha dicho o nos ha manifestado que ya no cree en nosotros, nos inhibimos interiormente. Por eso, busquemos siempre mantener firme la fe en lo bueno del otro.

En segundo lugar, dijimos, conservar la fe en lo bueno del hombre, aun cuando haya que constatar en él un cúmulo de extravíos.

Desde el punto de vista sociológico, debemos decir que tales desviaciones no siempre son tan peligrosas. ¿Cómo las entendemos? De acuerdo con la psicología evolutiva. Si consideramos esas desviaciones en la perspectiva

sicológica, veremos que lo que aparece en los comportamientos errados es la voluntad de valer y de realizar cosas por sí mismo, pero que la persona se ve ante obstáculos que impiden su desarrollo. ¿Cuáles son para ella estos obstáculos? Son los padres, el papá y la mamá. ¿Y cuál es el efecto? La reacción de rechazo. ¿Qué se puede hacer, entonces? Aquí viene una ley muy importante: **hay que dejar que se cometan tonterías**. No hay que malgastar toda la autoridad. Debo, por cierto, precaver al joven de sus desaciertos; pero también permitir tonterías y extravíos. Debo oponerme únicamente si sé que ese comportamiento hará que las cosas se precipiten vertiginosamente por una pendiente inclinada. ¿No nos sucedió también a nosotros que no creímos cuando nuestros padres nos dijeron esto o lo otro, hasta que lo pudimos experimentar personalmente?

En todo caso, pienso que interiormente no hay que darle carácter de tragedia a tales desviaciones. Exteriormente tenemos que intervenir para mantener la disciplina; pero en nuestro interior no debemos ponernos tan furibundos. Esto es lo esencial: si tengo que causar dolor, entonces lo hago, porque ése es mi deber; pero no a partir de una rabia desordenada. Sólo entonces haré bien las cosas.

Todavía algo más. ¿Por qué no debemos tomar tan trágicamente las cosas de la adolescencia? Tal vez ustedes lo hayan observado alguna vez. Desde el punto de vista psicológico y pedagógico hablamos de la reacción de contraste frente a la vida no vivida. A menudo vemos cómo los hijos no quieren seguir la misma profesión que los padres. ¿Por qué motivo? Los padres vivieron su vida, y la generación siguiente quisiera, por contraste, vivir la vida que los padres no vivieron. Éste es el impulso de contraste ante la vida vivida. A partir de este proceso vital pueden explicarse muchas reacciones y, sobre todo, no se debe tomar tan a mal las cosas cuando la generación joven muestra un sentimiento de rechazo frente a la generación antigua. Siempre y en todos los tiempos esto ha sido así. También en el convento.

La maestría (para enfrentar) este proceso consiste en continuar orientando a la juventud. De otro modo obtendremos justamente lo contrario. Es verdad que hemos pasado por épocas en que la juventud se ha vuelto revolucionaria; pero esto no es trágico.

San Bernardo aconsejaba que en el capítulo los abades escucharan especialmente a los monjes jóvenes, porque éstos a veces también tenían el Espíritu Santo. ¿Por qué digo esto? Para que reencontremos una sana tensión. Por eso, no pensemos que la sabiduría esté empaquetada y lista solo para nosotros. En el trato mutuo debemos también saber escuchar a los demás.

Les digo estas cosas para convencerlos de que tenemos que creer en lo bueno de las personas, a pesar de sus extravíos. No quiero decir con ello que debemos hacer caer a propósito a nuestros hijos espirituales. Eso, de

ningún modo; pero tampoco tenemos que darle excesiva importancia a las cosas cuando se producen desviaciones.

Por último, debemos creer en lo bueno de las personas cuando las luchas que deben enfrentar se hacen más intensas y permanentes. Y agrego: ¡no evitemos nunca a nuestros niños las luchas que les toca enfrentar! Si actuamos así, los educamos para una minoría de edad. Y les garantizo que si les evitan las luchas a aquellos que les han sido confiados, ya sea porque les resuelven demasiado pronto las dificultades o porque ponen en la balanza, sin quererlo, el predominio de su personalidad, entonces la consecuencia no se hará esperar: un hombre íntegro va a agradecer a Dios de rodillas cuando ustedes partan “*ad patres*”, cuando ustedes se vayan a la punta del cerro, cuando mueran. Tienen que tomar esto en serio. Sin embargo, es posible que ellos simulen saber Dios cuánto respeto y amor, pero no tienen que darles crédito. Por eso, cuiden que cada uno luche sus luchas y resuelva sus problemas.

Por cierto, deseáramos estar al tanto de todo. Pero intervenir, no, eso no se nos debe pasar por la mente. No hay que intervenir. Permitamos al joven hacer “chiquilladas”, de otro modo más tarde no llegarán a ser personalidades vigorosas, no los habremos educado para la vida. Habremos educado muñecos y no personas con los pies puestos en la tierra.

- **Hacerse innecesario**

En tercer lugar, **debemos hacernos innecesarios en toda la línea**. Al menos ésa debe ser nuestra actitud interior.

¿Cómo lo hago? ¿Cómo lo manifiesto? Tan pronto me doy cuenta de que alguien puede caminar solo, me retiro. ¡Deben aprender a caminar solos! Si se caen, observo si se pueden levantar solos y sin siquiera pestañear, dejo que se levanten.

En todo caso, ustedes tienen que hacerse innecesarios. Si no quieren ser nunca innecesarios, háganse siempre superfluos. Si quiero retener para mí a los otros, si trato que se apeguen a mi persona y para ello hago concesiones, la relación que se establezca será sólo pasajera. Por eso, apenas percibo que alguien es capaz de caminar por sí solo, conscientemente me hago a un lado. Es preferible comenzar a hacerlo más temprano que tarde.

Por otra parte, esto también es algo esencial: **no busquen nunca el favor del educando**. Nunca le digan: ¿por qué no te acercas a mí? Más bien hay que ser claros y directos: si quiere irse, las puertas están abiertas. (...)

Si buscan la complacencia de los suyos, las personas de sentimientos nobles les van a responder siempre con lo contrario. Tal vez exteriormente se comporten en forma correcta con ustedes, pero pronto se les subirán a la cabeza y ya no serán ustedes los que educan: los pondrán, en cambio, en la cuerda floja. (...)

Estas cosas se pueden aplicar a cualquier tipo de conducción, ya sea a la dirección espiritual o a dirigir un regimiento. **En la misma medida en que sepamos unir respeto y amor, tendremos el tino de actuar como corresponde.** Y si alguna vez cometemos un desacierto, –y éste es un derecho humano–, el Padre Dios también estará junto a nosotros. Él nos va a cuidar. Si realmente tenemos una relación personal con el tú, nuestros errores no causarán daño. Sólo debemos ser suficientemente sinceros como para confesar que hemos cometido una tontería.

- **Ser abnegado al máximo**

¿Qué más podemos hacer para que las personas que nos han sido confiadas conserven el respeto hacia nosotros? **Ser abnegados al máximo. Éste es siempre el mejor medio para conservar el respeto.** Pero no debe hacerse como una táctica: debe ser expresión de nuestra personalidad.

¿Qué significa ser abnegado hasta el extremo? Si soy abnegado hasta el extremo, entonces no me aferro a ser solamente yo quien tenga que educar. Si hay otra persona que pueda hacerlo mejor que yo, debe hacerlo. Lo que importa es que el tú sea verdaderamente ayudado. Él es el centro. Es él lo que importa, no mi persona. (...)

¿Quiero decir con esto que no debo realizar un apostolado de búsqueda del otro? Por cierto que no, también debemos buscar al otro; lo que importa es que sea expresión del servicio desinteresado al tú. Buscarlo porque temo que se me pueda ir de las manos, sería un error. No es esto lo que importa en primer lugar. **El respeto es más importante que el amor.** Si el servicio respetuoso exige que busque y vaya al encuentro del otro, lo hago. De otro modo, nunca lo haría. La más mínima concesión en esta dirección es una concesión a mi egoísmo: entonces me busco a mí mismo y no al otro.

El largo texto que citamos nos trasmite la extraordinaria sabiduría pedagógica del P. Kentenich. **Hoy más que nunca se debiera acentuar que no hay verdadero amor sin respeto.** El amor personal se refiere precisamente a una persona y no a una cosa o a alguien que se deba adecuar a lo que el educador cree mejor o positivo para él, más allá de lo que Dios ha puesto como talentos originales en él y más allá del plan de amor que la divina Providencia ha diseñado para él. Donde hay respeto, la educación se hace fecunda.

4. El educador concebido como un instrumento del Señor

4.1. Necesidad de educadores que vivan de la fe

Este último punto también se podría haber situado al inicio de la exposición sobre el ethos del educador. De hecho, es un punto central que abarca todo el ser y el actuar del educador cristiano. Es Dios, el Señor y el Espíritu Santo quienes educan. Nosotros como educadores somos dependientes por entero de ellos,

estamos a su disposición y somos buenos o malos educadores en la medida de nuestra dependencia del Gran Educador.

Tenemos el don de haber sido escogidos por el Buen Pastor para ayudarle en su tarea. Nuestros talentos humanos los ponemos a su servicio, habiéndolos recibido también de él.

La finalidad que persigue la acción pedagógica es una finalidad natural-sobrenatural. Alcanzar el ideal del hombre nuevo en Cristo Jesús supera tanto la capacidad humana del educador como del educando. Lograrlo es en primer lugar fruto de la gracia, de la intervención de Dios. Nuestra labor consiste en cooperar con esa gracia para que alcance toda su fecundidad.

Cuando en la jornada pedagógica de 1931, explica el P. Kentenich la necesidad de contar con jefes, apóstoles o educadores a la altura de las exigencias del tiempo actual, destaca la necesidad de **que el educador esté anclado profundamente en la realidad del mundo sobrenatural.**

Expresa, en esa ocasión, que es esencial que el educador encarne una auténtica paternidad y maternidad “sacerdotal”. Toma esta expresión en un sentido amplio. Es decir, no se refiere directamente al sacerdocio ministerial, sino a que el educador esté sólidamente fundado en principios trascendentes, en un mundo de ideales superior. En el ámbito de la educación católica, el término “sacerdotal” se refiere también a ser puente entre Dios y los hombres, en nuestro caso, ante quienes nos han sido confiados.

El educador católico, por eso, abarca al mismo tiempo el estar orientado por los principios sólidos (del orden de ser natural y sobrenatural) y vitalmente arraigado en Dios. Todo lo que el educador es y hace lo es y lo hace a partir de su ser “en Cristo”, del estar injertado en él como el sarmiento en la vid.

Es el Señor quien le confiere el cuidado de los suyos. Ese cuidado lo que lleva a cabo como un instrumento en manos del Cristo Jesús. El no “fabrica” la vida. La vida es un don de Dios. Él no fija las metas y los ideales, es Dios quien tiene un plan de amor para cada persona y para cada comunidad. Él sólo ayuda a que ese plan se realice, de modo que cada persona y cada comunidad que le es confiada realice el querer del Dios vivo y así logre su plenitud.

Es claro, entonces, que la fecundidad del instrumento depende esencialmente de su unión al Maestro. Y esto se realiza fundamentalmente por la vida de oración y la profundidad espiritual del educador. Ello condiciona que el fruto que obtenga sea bueno y permanente.

Afirma el P. Kentenich en la jornada pedagógica de 1931:

Si nosotras como educadoras(es) no llegamos a ser mujeres (hombres) de mucha oración y gran apertura a lo sobrenatural, no nos adaptaremos a la época en que nos toca vivir. Hoy toda mediocridad perece, todo formalismo sucumbe. Sólo aquélla que beba de fuentes últimas estará a la altura de la época actual, será grande y fuerte en el combate y capaz de guiar a otros hacia lo alto, recorriendo los caminos de Dios, los caminos del pueblo joven de Dios.

Sus palabras resuenan hoy con más actualidad aún que entonces. El problema de la descristianización y materialismo ha llegado a marcar profundamente el medio pedagógico, especialmente, de la pedagogía de la fe. Si los padres y educadores responsables de la catequesis y la pastoral, no viven lo que enseñan, si su fe es débil y no muestran coherencia en la vida con lo que intentan transmitir, simplemente no tendrán éxito alguno en su intento.

Se plantea como gran necesidad contar con jefes, es decir, con verdaderos apóstoles, ayer y más aún hoy:

Tal como lo experimentamos en la formación de nuestros dirigentes juveniles, a menudo solemos fracasar. Y no ocurre solamente en el caso de la formación de los dirigentes de la juventud masculina o femenina, sino de nuestros dirigentes juveniles en general. Podría contarles una gran cantidad de casos, pero en estos días queremos ocuparnos más bien de las líneas principales. De no ser así, podría citar una cantidad de ejemplos de la práctica pastoral en los que se ve cómo algunos sacerdotes lucharon muchos años hasta formar sus propios dirigentes, sacrificando días y noches, y cuando llegó el momento de llevarlos al campo de batalla y confiarles un grupo, no fueron las personas del grupo las que fallaron sino los mismos jefes. He aquí la razón de por qué en la actualidad se traza un gran signo de interrogación sobre este tema de la formación de dirigentes de la juventud. (...)

En la resolución de Marburg escuchábamos conceptos que apuntaban a esta realidad, o al menos se hacían eco de ella: "Nuestros dirigentes jóvenes (distingo siempre entre dirigentes juveniles y dirigentes de la juventud) deben ser formados hoy según normas muy distintas a las de épocas anteriores".

En este punto podemos volver a emplear la formulación: **"En las filas católicas sólo puede ser un verdadero dirigente aquél que esté motivado por lo religioso"**. De no ser así, no tendremos ningún dirigente específicamente católico. Si queremos formar, plasmar hombres cristianos para un mundo cristiano, entonces **todos los que de algún modo quieran participar en la jefatura deben ser cristianos netamente católicos o al menos tener la pasta, la capacidad de serlo.** (...)

El materialismo de nuestra educación se caracteriza por el hecho de que siempre nos preocupa la masa. Queremos dominar la masa, captar la masa, queremos números: ¡mil, tres mil! No así en nuestra presente jornada. No nos preguntamos en primer lugar cómo captar la masa de nuestros jóvenes sino, como ya dijimos: ¿cómo introducir en el reino juvenil de los hijos de Dios a nuestras jóvenes motivadas o, por lo menos motivables, por lo religioso?

¿Queremos decir con esto que la masa no nos importa? ¡No! Más tarde volveré sobre el tema. Por ahora contemplemos todo el complejo de cuestiones y todo el mundo a la luz de esta concepción espiritual: no es la

masa la que hace que el individuo capte las ideas católicas, es el individuo mismo quien debe captarlas. He ahí la clave.

Fíjense, por eso hablamos de un cambio: de una concepción de sesgo materialista se pasa a una visión que acentúa lo espiritual en nuestra tarea de educadores. La labor pedagógica es asimismo espiritual y espiritualizada, porque Dios siempre alcanza su objetivo, tengamos nosotros éxito o no. **No olvidemos que si Dios nos llamó para que seamos educadores y educadoras, quiere también educarnos a través de nuestra actividad docente. Además, en nuestra labor el fracaso es frecuentemente el medio más eficaz para hacernos más sobrenaturales y abnegados.**

(...)

La dificultad es ésta: "Si en mí entorno existen jóvenes motivadas o al menos motivables por lo religioso, pero yo soy demasiado torpe y tonta... Si no logro una relación acertada con ellas debido a los grandes problemas que en el área plantea esta época actual tan profundamente convulsionada. Dificultades como por ejemplo la íntima y creciente inseguridad que sufre la joven".

¿Qué les responderé? En primer lugar, que nos hemos reunido para hallar una respuesta y meditar sobre cómo captar y seguir guiando a una juventud con esas características.

El pesimismo es la enfermedad moderna que nos afecta a todos más de lo razonable. ¿No hay en el pesimismo algo de subestimación y menosprecio de la gracia?

No crean que estemos desvalidos ante la juventud actual porque a pesar de toda nuestra habilidad pedagógica no alcancemos la meta. ¿Qué delataría esta opinión? Menosprecio de la gracia. ¿Qué tenemos que hacer entonces? Abrirnos con todas nuestras fuerzas a la omnipotencia de la gracia divina y contar con ella. **Quien hoy no se orienta hacia lo sobrenatural, se enferma, arruina sus nervios, pierde seguridad, equilibrio y, con toda certeza, la fecundidad en su trabajo.**

Quien en las situaciones críticas de la época actual no descubra una tarea a realizar y la asuma con gran fe, enfermará espiritualmente y no encontrará las raíces que lo sustenten. **Por eso tenemos que aspirar a una fe inmensamente grande en el poder de la gracia sobre el hombre, sobre clases enteras de la sociedad humana y sobre los jóvenes.**

Quizás les resulte más claro lo que estoy diciendo si lo ejemplifico con aquella visión de Don Bosco que se conoce como "La gran visión de la juventud". En una ocasión, Don Bosco tuvo una gran visión de la juventud, en la cual Dios le mostró cómo él conducía a una multitud de jóvenes hacia la santidad. Y esa visión le dio la fuerza inagotable para trabajar día y noche por sus muchachos. Ustedes ya saben cómo este santo abrió nuevos caminos para la educación moderna.

Esta es la fe a la cual debemos ser siempre fieles: Dios ha preparado muchas gracias para nuestra juventud. Examinen un poco la literatura moderna. No es casual que se hallen en circulación una cantidad de libros que muestran a nuestra juventud el camino hacia Dios. En honor a la verdad debemos agregar que Don Bosco también contempló en su sueño cómo no pocos de aquellos por los cuales él se había sacrificado no alcanzaban la meta de la santidad. Pero no se amedrentó. Reparó ante todo en lo positivo. Luego de haber visto una multitud de jóvenes santos en el cielo, se sintió fuertemente impulsado a regalar todas sus energías a la formación de personalidades juveniles marcadas por ideales. (...)

Se trata ciertamente de una gran tarea. Una labor que despierta en nosotras muchas cosas que quizás estaban aletargadas en nuestro interior desde hacía bastante tiempo. Nuevamente: tenemos una gran misión pedagógica en lo religioso. Ya sabemos que **este tipo de educación sólo puede lograrse a partir de pedagogos que tengan una gran personalidad educadora marcada por lo religioso.**

Por eso la educación de la personalidad está y debe estar especialmente en el centro de nuestra reflexión. Tenemos que ocuparnos de ella, aunque sea brevemente, pues se trata de la exigencia pedagógica más esencial de la época actual. **Hay que meditar sobre cómo llegar a ser educadoras con una personalidad religiosa sobresaliente.**

Recién entonces brotará de nosotros ese fluido misterioso que no puede ser reemplazado por nada. Puede que estemos muy bien informadas en cuanto a métodos, pero si no tenemos una personalidad sobresaliente nos faltará lo esencial: **ser el tipo de educador profético que necesita la época actual. Sólo éste vale hoy como un educador auténtico.**

Por eso queremos orientar nuestra oración y nuestra vida hacia la gran tarea de formarnos para llegar a ser educadores de esa índole. Asimismo, debemos reflexionar sobre cómo formar en este espíritu a los niños que nos han sido confiados.

4.2. Un educador orante

En la jornada pedagógica de 1950, el P. Kentenich profundizó estos pensamientos, enfatizando la necesidad de oración y vida interior del educador.

Nuestra oración, afirma, debe ser y estar siempre animada de una honda preocupación por el futuro de nuestro pobre pueblo.

¿Qué tiene que ver la oración con nuestra labor educativa? Ya lo sabemos, lo supimos desde siempre: **La oración es la fuerza educativa más grande en el cielo y en la tierra.**

Abramos la Sagrada Escritura y repasemos todos aquellos textos donde se habla del sentido, fin y significado de la oración y sobre la relación entre oración y trabajo y entre oración y labor educativa. Nos resultará sencillo

armonizarlos a todos y verterlos en la siguiente tesis: **Dios quiere que haya una cierta relación, una cierta armonía entre trabajo y oración. Cuando se perturba esa armonía se produce una gran catástrofe en el mundo, y también en el mundo del educador y la educación.**

Si estamos convencidos de que esta tesis representa realmente una verdad inconvencible, entenderemos enseguida el origen de la gran crisis de nuestro tiempo, o al menos lo intuiremos. Todos percibimos que estamos viviendo en un tremendo caos. Experimentamos en carne propia que también el ámbito educativo enfrenta una situación caótica y debe desarrollarse en medio de éste. ¿De dónde proviene el caos? **Es evidente que se ha dañado gravemente la relación entre oración y trabajo, entre oración y quehacer pedagógico.**

Así comprendemos mejor por qué Jesús puso tanto énfasis en la oración. Cuando estaba en vísperas de grandes acciones en su labor salvífica, el Señor subía a la cumbre de los montes para rezar.

La oración es realmente una grande y especialísima fuerza educativa aquí en la tierra. En otra oportunidad, el Señor contemplaba el desvalimiento en que se hallaba sumido el mundo que lo rodeaba, tal cual podemos apreciarlo hoy mismo. Entonces de sus labios se escaparon aquellas palabras: "La mies es mucha y los obreros pocos. Rogad, pues, al Dueño de la mies que envíe obreros a su mies"¹⁵ ¿No es acaso ésta, la misma situación en la que nos encontramos actualmente? ¿No anhelamos hoy la presencia de educadores de carácter firme? ¿No queremos formar y educar a nuestra juventud para que en el futuro pueda capear el temporal de la vida?

¿Qué medios nos propone Jesús para formar caracteres de esa índole? ¿Nos habla de medios organizativos? ¿Nos sugiere la edificación de ciertos edificios? No; él sólo sabe de un medio: "Rogad al Dueño de la mies". ¿Qué quiere recordarnos con tales palabras? El poder de la oración, su gran poder educativo. Los apóstoles siguieron los pasos de su Maestro. La necesidad reinante hizo que asumiesen un trabajo excesivo que no les permitía descanso alguno. Un día se detuvieron a meditar si habían hecho bien en emprender aquella labor y llegaron a la conclusión de que debían delegar parte de su trabajo¹⁶. Y delegaron, consecuentemente, una parte de aquella inmensa tarea en diáconos ordenados a tal efecto, para abocarse de nuevo al cometido específico del verdadero educador católico: la oración.

Este pasaje bíblico nos orienta una vez más, y con claridad, hacia el pensamiento sobre el que estamos reflexionando: la oración es un factor educativo de primer nivel.

¹⁵ 4 Mt 9, 37

¹⁶ Cf. Hch 6,1 ss.

Si desde este punto de vista echamos una mirada a lo largo de los siglos, hallaremos otros ejemplos que confirman nuestra tesis.

Pensemos, por ejemplo, en el cardenal Jiménez de Cisneros¹⁷, el gran estadista español. El rey le había encargado la atención del cuerpo diplomático establecido en su país. A menudo, los embajadores debían esperar en la antesala de su despacho para ser atendidos: Cisneros estaba rezando. A las protestas de los dignatarios se les respondía: "Cuando Cisneros ora, gobierna España" –a su país y a su pueblo. Es fácil aplicar esta situación a nuestro propio caso. Nosotros mismos somos como Cisneros. Cuando oramos gobernamos nuestro pequeño mundo, estamos desarrollando nuestra labor educativa. Y lo hacemos con mayor profundidad que cuando gesticulamos y hablamos sin cesar, vale decir, cuando realizamos un continuo trabajo "exterior" de educadores.

Meditemos sobre otro ejemplo, el predicador Lacordaire¹⁸. Cuando subía al pulpito, primero se arrodillaba y oraba, y recién después esgrimía la espada de la palabra. Lacordaire estaba convencido de que la fecundidad del trabajo exterior se mide rigurosamente según el grado y la intensidad de la vida interior; de que la acción debe estar garantizada por el poder de la oración.

Otro predicador solía decir, cuando subía al púlpito, que tenía que realizar su preparación inmediata. ¿En qué consistía esa preparación? En arrodillarse y rezar el rosario.

A esta luz quizás comprendamos también por qué San Bernardo resumió sus propias observaciones de la vida en aquella frase inspirada en el pensamiento y la retórica de San Pablo¹⁹: "Tres son las (virtudes) que quedan: la palabra, el ejemplo y la oración; pero la más grande es y seguirá siendo la oración".

Si meditamos estos y otros pensamientos, no nos resultará difícil reconocer de todo corazón que **la oración es una fuerza educadora de primera categoría.**

Pasemos a estudiar más detenidamente los fundamentos de esta aserción. Dos son en especial los que se nos presentan.

¹⁷ Cardenal Francisco Jiménez de Cisneros: eminente prelado y político español. Nació en Torrelaguna (Madrid) y falleció en Roa (Burgos), en 1517. Confesor de Isabel la Católica y elevado a cardenal por el Papa Julio II, emprendió la reforma de las órdenes religiosas españolas. Regente de Castilla (1504) y de España (1516), mostró relevantes dotes de hombre de Estado. Conquistó Oran, fundó la Universidad de Alcalá de Henares y se ocupó en la preparación de la Biblia Políglota.

¹⁸ Juan Bautista Lacordaire: Orador sagrado francés (1802-1861), miembro de la orden de Santo Domingo, restablecida por él en su país. Fue uno de los predicadores más brillantes de su época. Fue catedrático De Notre Dame y miembro de la Asamblea Nacional. Dejó escritas varias obras.

¹⁹ Cf. 1 Cor 13,13.

- Uno nos dice que **en definitiva es la oración la que nos hace capaces de comprender correctamente al educando y su vida interior.**
- El segundo nos advierte que **mediante la oración, vale decir, a través del cultivo de la vida interior, lograremos la correcta vinculación, la vinculación salvífica, casi omnipotente, con el Dios vivo.**

Tómense alguna vez el trabajo de reflexionar sobre estos dos pensamientos.

La oración crea en el educador la correcta disposición, lo hace capaz de visualizar correctamente la meta de la educación, de aspirar a ella y de lograrla en la práctica.

¿Cuál es la meta? ¿Queremos solamente que nuestros hijos aprendan a desenvolverse en la vida, o aspiramos a hacer de ellos hijos de Dios y miembros de Cristo? Nuestro objetivo es educar hijos de Dios que, afirmándose en el principio de la filiación divina, sean capaces y estén dispuestos a tomar las riendas de su propia vida con autonomía e independencia.²⁰

Ahora bien, sabemos que tal objetivo es inalcanzable sin el auxilio de muchas gracias actuales, lo cual es también un dogma.²¹ Sin la asistencia de muchas gracias actuales ni siquiera podríamos llevar una vida de alguna manera buena o cristiana. ¡Cuánto más necesitaremos entonces de la gracia cuando se trata del ideal de la educación, de formar grandes y heroicas personalidades católicas!

¿Quién de nosotros cree, por ejemplo, que sin un fuerte auxilio de la gracia podría evitar todos los pecados veniales? ¿Acaso la meta de formar hijos de Dios no requiere que nuestros educandos no sólo eviten el pecado grave sino que se abran ampliamente a todo lo que sea de Dios? Y tal actitud no se conquista sin las gracias actuales. Ya lo dijo Jesús: "Porque separados de mí no podéis hacer nada"²². Y San Pablo añade genialmente que sin Dios ni siquiera podríamos pensar un solo pensamiento; porque todo lo que hacemos, cuando se trata de nuestra salvación –aplicado a nosotros: cuando se trata de la educación– la voluntad de hacer las cosas y la

²⁰ La formulación de este objetivo pedagógico se basa en los objetivos de las planificaciones didácticas de catequesis de la diócesis de Fulda, vigentes en esos años y diseñados según los lineamientos emanados de la Conferencia Episcopal alemana.

²¹ La doctrina católica de la gracia distingue entre gracias habituales o de estado, y actuales o auxiliares. El Padre Kentenich se refiere a la definición del Concilio de Trento, cuyo canon 23 dice: "Si alguno dijere que el hombre una vez justificado no puede pecar en adelante, ni perder la gracia; y que, por lo tanto, el hombre que cae y peca nunca fue verdaderamente justificado; o, al contrario, que puede evitar durante toda su vida todos los pecados aún veniales, a no ser por un especial privilegio de Dios, como la Iglesia lo mantiene acerca de la bienaventurada Virgen, sea anatema".

²² Jn 15,5

ejecución de las mismas, proviene por último de Dios, del Amor eterno e insondable²³.

La condición es clara: sin gracias actuales, sin abundantes gracias actuales no lograremos jamás los objetivos pedagógicos en nuestra labor con nuestros educandos. A su vez, la tesis central es que la oración es la medicina universal, siempre disponible, para alcanzar el don de las gracias actuales.

¿Acaso no es esto lo que Jesús nos recordó clara y rotundamente al decirnos: "Pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá. Porque todo el que pide, recibe; el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá" (Mt 7, 7)1. Con estas advertencias y reflexiones, ¿no nos hizo acaso tomar conciencia del tremendo poder de la oración en la educación del hombre?

Nuestros teólogos se encargan de la interpretación de tales pasajes de la Sagrada Escritura y sostienen que estas últimas palabras podrían también interpretarse así: "Quien no ora, no recibe; a quien no llama, no se le abrirá".

¿Comprendemos cabalmente todo lo que entraña esa frase de Jesús? La oración es el remedio universal, la panacea para implorar copiosas gracias actuales. Sin ellas, sin abundantes gracias actuales, la tarea de formar a nuestros educandos como hijos de Dios se hace absolutamente imposible. Esto es dogma.²⁴

Así entendemos mejor aquel parecer de San Agustín cuando, a manera de compendio de toda su visión sobre este tema, nos dice: "Haz lo que puedas; y lo que no puedas, pídelo en oración". Apliquemos este pensamiento a nuestra propia realidad. Todos los medios pedagógicos que conocemos, experimentamos o bien podemos intentar, son en sí mismos correctos. Pero recordemos la sentencia agustiniana: "Haz lo que puedas...y lo que no puedas, pídelo en oración."

¿Se dan cuenta de lo que esto significa? No es mucho lo que podemos alcanzar en el terreno educativo basándonos exclusivamente en nuestras propias fuerzas. **Quizás los tremendos problemas de la situación pedagógica de hoy provengan, en parte, del hecho de que como educadores nos hemos olvidado de ser nosotros mismos hombres y mujeres de oración.** Éste es el primer pensamiento: La oración es una potencia en la formación del educando.

Les había hablado también de un segundo fundamento y motivación que nos hace ver con toda claridad el poder educativo de la oración: A través de

²³ Cf. Rom 8, 26; 2 Cor 3, 4 s.; Flp 2,13.

²⁴ El P. Kentenich lo afirma en el sentido del dogma anteriormente mencionado, definido en el Concilio de Trento, del que se concluye que la perfección cristiana (propia y ajena, es decir, también la del educando) es imposible de alcanzar sin el auxilio de la gracia.

la oración y del cultivo de la vida interior lograremos la vinculación correcta e íntima con el Dios vivo, con el gran Educador de los pueblos.

Meditemos también un poco sobre este punto. ¿Quién es el verdadero educador de nuestra juventud? ¿Quién el verdadero formador y modelador de nuestro pueblo? ¿Quién el verdadero pastor? "Porque sólo uno es vuestro jefe: Cristo" (Mt 23, 10). ¿Quién es ese "uno"? El Dios grande, eterno, infinito. Es Cristo. Todos nosotros, que nos llamamos educadores, somos sólo instrumentos en sus manos. Lo somos desde el punto de vista ontológico gracias a los sacramentos que imprimen "carácter"²⁵: el bautismo y la confirmación. En el caso de los sacerdotes, ellos reciben su marca especial mediante el sacramento del orden sagrado. Estamos ontológicamente insertos en el sacerdocio de Cristo, y por eso participamos de las tres manifestaciones de su ministerio: el ministerio sacerdotal, el doctrinal y el pastoral. Lo que está establecido en el orden de ser debe trasladarse al plano de la vida práctica, según aquella ley de "*ordo essendi est ordo agendi*". El orden de ser objetivo es norma para el orden de vida objetivo. **¿Qué es lo que nos permite cultivar la conciencia de ser instrumentos de Dios y ponernos en contacto con el gran Maestro? La oración; vale decir, la vida interior, la oración personal.**

El educador que actúa separado de Cristo tendrá una fuerza educativa muy exigua. A lo sumo dispondrá de una reducida cuota de genialidad humana. ¿Que alcanzará con ella en una situación normal, y qué obtendrá cuando deba actuar en medio de la realidad "anormal" de hoy?

Si soy un instrumento, mi actividad se derivará, en lo esencial, de la vinculación al Maestro, cuyo instrumento soy. Casi se podría decir que nuestras escasas fuerzas y nuestra impotencia deben "desposarse" con la omnipotencia del Maestro. Quien aborde su labor educativa en estrecha vinculación a Cristo, el Dios vivo, a la larga se llevará la palma y, por decirlo así, será casi "omnipotente" en la educación.

¿De dónde procede nuestro desvalimiento? En gran medida de nuestra actitud de contar sólo con nosotros mismos; de ligarnos, desposarnos y vincularnos muy poco con la gran potencia, con el Dios vivo, con Cristo, el gran Educador.

Así comprenderemos por qué una santa como Teresita del Niño Jesús acentuó tanto el cultivo de la vida interior. Volvamos, pues, a la fuente primordial, al Maestro. Una sola palabra que brote de una comunión íntima con el Maestro es infinitamente más fecunda que muchas otras –y aún libros enteros– que se enuncien sin el aval de ese desposorio con las fuerzas divinas.

Quizás algunos de nosotros hayan escuchado al Padre Lombardi. Él habla siempre con gran sencillez, y sin embargo su palabra tiene una fecundidad

²⁵ Referencia al "*character indelebilis*" o marca imborrable que los sacramentos mencionados imprimen en el alma.

muy sugestiva. Todos lo que lo escuchan sienten que están frente a un hombre que vive lo que predica, que extrae su saber de la fuente primordial, que ama a Cristo y deja que Cristo actúe en él. Porque es Cristo quien debe y quiere actuar a través de nosotros.

Ésta es la intuición que se está gestando lentamente en todos los lugares donde trabaja la Acción Católica. Se han hecho muchas cosas en las organizaciones e instituciones a lo largo y a lo ancho del mundo. En el ámbito, o bien en el marco de la Acción Católica, se han llevado a cabo muchos emprendimientos. Pero, ¿cuántos frutos se cosecharon? No muchos. ¿Qué ha faltado? Más contemplación; hubo mucha acción pero poca contemplación.²⁶

Ésta es la misión específica de los así llamados Institutos Seculares. Ellos permanecen en el mundo, pero bebiendo en abundancia de las fuentes de lo divino; cultivando siempre el contacto con Dios a través de la contemplación, y cuidando así que la acción sea complementada por la contemplación y el sacrificio. Es, ante todo, la oración la que nos pone en estrecho contacto y comunión con el Maestro, con el gran y primer educador. Si hablamos de los frutos de la educación, ¿acaso podría haber otra cosa que nos diese una fecundidad tan amplia como ese contacto permanente con el Maestro?

+++++

Con este texto del P. Kentenich concluimos este primer libro sobre la pedagogía kentenijiana. Hemos tratado de hacer que su palabra sea lo dominante en la exposición realizada. Esperamos haber logrado, al menos en algo, que su sabiduría pedagógica se nos haya hecho cercana y actual. En el próximo libro abordaremos el núcleo de su sistema pedagógico, partiendo por la pedagogía de ideales.

²⁶ El P. Kentenich emplea términos latinos que hemos optado por expresar directamente en castellano: *contemplatio*: contemplación; *actio*: acción; y en el párrafo siguiente: *Institutua saecularia*: Institutos Seculares; *contemplatio* y *passio*: contemplación y sacrificio.